

PERDIDOS EN EL FUEGO

DENISE OCARANZA



jóvenes ◊ pasión y libertad | literatura | cuento

Perdidos en el fuego





GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricoli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricoli

Rodrigo Jarque Lira

Gerardo Monroy Serrano

Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo

Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez

Rodrigo Sánchez Arce

Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

PERDIDOS EN EL FUEGO

Denise Ocaranza

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | CUENTO

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Perdidos en el fuego

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Denise Elizabeth Ocaranza Ordóñez, por el texto
© Jesús Iván Castañeda Salas, por el prólogo

ISBN (colección GEM): 978-607-69828-2-2
ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-813-1
ISBN (GEM): 978-607-5910-03-1
ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-815-5

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/11/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diseño y formación: Adriana Juárez Manríquez
Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la autoría.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Nadie puede cuestionar que el mundo actual demanda acciones eficaces en todos los campos de la vida. Las generaciones jóvenes asimilan la información de su realidad histórica, la procesan y van fraguando gradualmente una voz propia. Esa voz que se alza frente al orden establecido debe ser escuchada, porque es portadora de la simiente del pensamiento evolutivo, del paso que marca el cambio de una generación a la siguiente.

Por ello, la Secretaría de Cultura y Turismo no escatima esfuerzos en la creación de diferentes vías que ayuden a la maduración del talento joven, a la difusión de sus ideas estéticas a través de la creación intelectual y artística, alimento del pensamiento humanista que, hoy por hoy, es el camino más firme hacia la paz mundial.

Conscientes de estos principios, nos hemos dado a la tarea de abrir nuestras puertas a jóvenes artistas y pensadores mexicanos que destacan en los diversos géneros literarios: novela, cuento, ensayo, poesía y dramaturgia; en la reflexión y el pensamiento filosófico, histórico, antropológico y social; en las artes plásticas como pintura, grabado y escultura, o en las artes gráficas, digitales y cinematográficas.

Es así como surge el proyecto Jóvenes. Pasión y Libertad, nueva colección del Fondo Editorial Estado de México en coedición con la Universidad Autónoma del Estado de México, que abre un espacio para dar cauce a las voces de la juventud creadora, además de reconocer su trabajo y sus aportes a la literatura, el pensamiento y las artes de nuestra entidad.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Fortalecer la inclusión en la universidad y en la sociedad, al igual que la identidad de los diversos sectores de la población mexiquense, mediante la amplia participación de jóvenes en actividades literarias, artísticas y culturales es el principal objetivo de la Universidad Autónoma del Estado de México en materia de difusión cultural. Así lo definió la comunidad universitaria de la Uaemex en su Plan Rector de Desarrollo Institucional 2021-2025.

Por ello, a las universitarias y los universitarios nos llena de entusiasmo participar como coeditores en el diseño y lanzamiento de la acertada colección Jóvenes. Pasión y Libertad, que incluye obras de artes visuales, literatura y pensamiento filosófico, realizadas por jóvenes que practican los diversos géneros de estas tres vertientes de la producción intelectual en nuestra entidad.

Cada obra publicada en esta colección constituye un trabajo reflexivo sobre la realidad que, gracias a su tratamiento artístico, logrará detonar nuevas experiencias estéticas, intelectivas y morales en el público lector.

A su vez, la colección Jóvenes. Pasión y Libertad ha sido construida con una mirada abierta a la innovación de temáticas y técnicas que las jóvenes autorías seleccionadas han planteado con arrojo y energía.

Deseo que las obras que conforman esta colección se inserten en la rica tradición literaria hispanoamericana y dialoguen durante mucho tiempo con la crítica especializada y el público en general. Que así sea para el deleite de todas y todos.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

Prólogo

Me honro en presentar *Perdidos en el fuego*, una selección de cuentos escritos por Denise Ocaranza, quien —dada la bas-tedad de su talento— es capaz de escribir tanto para el difícil público infantil como para lectores más experimentados. Esta versatilidad de la escritora mexicana es igualmente visible en la temática de sus historias.

En la primera parte del libro, “Los niños parecían tan serios”, Ocaranza nos habla de cómo el problema de la maternidad no deseada puede ser resuelto fácilmente por unas brujas; de qué manera una niña desea acabar para siempre con la dolorosa presencia de su padre; también nos hace partícipes de un misterio que precisa colocarse lagañas de perro en los ojos para poder ver a los muertos.

Crudas e inquietantes, las historias de este primer apartado se construyen en torno a la infancia; se encuentran perfecta y elegantemente bien realizadas, como todo el libro. Para tal efecto, Ocaranza se vale de una gran construcción de ambientes, mediante una sensualidad que apela a los sentidos del lector para imbuirlo en situaciones conmovedoras, divertidas y a veces escalofrantes.

La autora habla sobre temas difíciles: el feminicidio, las masculinidades tóxicas o la violencia intrafamiliar. Para ello, se aleja de cualquier tono panfletario, dotando a sus narradores y personajes de voces auténticas. Por eso el humor también se hace presente en sus líneas y a veces adquiere tonalidades

oscuras. Conviene más ponerle buena cara a la dura realidad; es eso o volverse de cartón.

En la segunda parte del libro, “Batallas perdidas”, la autora narra cómo en una entidad con altas tasas de feminicidio las mujeres sienten miedo en cuanto ven a un hombre extraño cruzarse en su camino. Nos cuenta también que, frente a la muerte inevitable o las presiones de la vida cotidiana, conviene obligar a la mente a serenarse y acallar sus voces. No vaya a ser que acaben manifestándose realmente.

Para mejorar las cosas, la palabra resulta lo más inmediato: la herramienta por excelencia para trastocar la realidad, aunque sólo sea pronunciándola, sin sospechar la magnitud de su efecto mariposa, como sucede en las narraciones de “Resistencia”, la tercera y última sección de cuentos.

La coexistencia de mundos diferentes es precisamente el hilo conductor de todo el libro. La realidad se convierte en un umbral hacia diversas dimensiones. Este libro nos recuerda que todo está en constante transformación; que todos estamos perdidos en el fuego: ardemos segundo a segundo y algún día seremos pavesa. De ahí la importancia de hablar de todo aquello que nos intrigue, alegre o atemorice; de llamar a las cosas por su nombre; de poner diversos temas a discusión, los más delicados, los más sensibles y también los más divertidos, tal como lo hace Denise Ocaranza con sus narraciones.

IVÁN CASTAÑEDA SALAS

UNO:
LOS NIÑOS SE VEÍAN
TAN SERIOS

Alrededor del árbol ancestral

Homenaje a Amparo Dávila

Samuel y yo nos casamos hace tres años porque mi padre le debía unas tierras al suyo. Mi madre me repitió hasta el cansancio que fuera una esposa atenta, piadosa, obediente, pero, sobre todo, que me embarazara pronto.

Mi marido me llevó a vivir a una de las mejores casas del pueblo —de un solo piso, como todas las demás, pero con los techos más altos— y contrató a Guadalupe para que me ayudara con los quehaceres. Él no estaba en casa durante el día, y al anochecer llegaba a gritar por cualquier cosa: que si la cena estaba muy fría, que si muy caliente. Nunca pude encariñarme con él.

Mi vida era muy solitaria; alrededor vivían pocas familias y todas estaban conformadas por ancianos. Guadalupe era de las mujeres más jóvenes; llegó a trabajar conmigo a sus cuarenta y cuatro años; yo me casé a los diecisiete.

En nuestra casa había tres cuartos: el de las visitas, el destinado para los niños (Samuel quería al menos dos hijos varones) y el nuestro; este último tenía un ventanal con una desagradable vista, pues cruzando la calle había una vivienda en ruinas. Yo evitaba abrir las cortinas porque me repugnaban aquellas paredes mohosas pobladas de alimañas y la crecida hierba que, estoy segura, era refugio de ratas. La gente contaba que hace años ahí se reunían las brujas a quitarse brazos y piernas para convertirse en bolas de fuego danzando alrededor de la secuoya que estaba en medio del patio.

Recuerdo que la primera noche que pasé con mi marido, cuando consumamos nuestro matrimonio, Samuel se durmió

antes que yo. Aún no me familiarizaba con la secuoya, hacía mucho viento y sus hojas jugaban con la luz del farol, así que largas figuras entraron danzando a nuestra recámara a través de las cortinas. No podría explicar por qué sentí tanto miedo. Me llevé las manos a la boca para ahogar un grito, pero Samuel se despertó furioso; encendió la lámpara y me sentenció que no lo volviera a molestar con niñerías, recordándome que ya era una mujer —*su mujer*—, y me tragué las lágrimas. En ese momento supe que no podía contar con él para nada; y, con el tiempo, me fui acostumbrando al espectáculo de las hojas empujadas por el viento hacia la luz.

Samuel tampoco pudo encariñarse conmigo. Me detestaba porque no le daba hijos. A escondidas, después de nuestros encuentros maritales, me lavaba con salvia y ruda. Por eso me sorprendió tanto cuando logró fecundarme. Ahora tengo siete meses de embarazo.

Antes de quedar embarazada, Samuel solía viajar a la ciudad con cierta frecuencia y me dejaba sola (Guadalupe vivía cerca y se quedaba conmigo si era necesario). Mi marido decía que iba por trabajo, pero yo sabía que tenía encuentros con otras mujeres. Esos viajes, a pesar de que eran breves —no pasaba más de dos noches fuera—, eran para mí un respiro de su presencia, de su hedor a tabaco, del excesivo sudor agrio con el que mojaba las sábanas...

Cuando empezaba a creer que él ya nunca más saldría a la ciudad me dio la buena noticia: estaría fuera unos veinte días. “Quizá menos, todo depende de qué tan rápido cierre un negocio”, dijo. Le ayudé a preparar su maleta, se subió al coche y se despidió: “Cualquier cosa me mandas un telegrama. ¡Sólo urgencias, mujer...!” y lo vi perderse entre los cerros.

Sentí que la noche tardó en llegar; sin él terminé mis actividades mucho más temprano. La energía eléctrica recién había llegado al pueblo y a veces fallaba, cuantimás con semejante

viento; no podía ni tejer. Me quedé dormida con las manos en el tejido y el tejido sobre mi vientre. Me despertaron los calambres en las piernas. El silbido del viento anunciaba la tragedia, y las figuras alargadas que entraban a la recámara esta vez no danzaban... combatían, chocaban violentamente unas con otras.

La angustia se posó sobre mi pecho. Eran las dos de la madrugada cuando escuché glugluteos y algo parecido al jadeo de un perro. Me levanté con mucho pesar. Me asomé discretamente por la ventana y vi a una mujer flaca, canosa y enérgica acompañada por una joven; ambas bajaban valijas de un carro destartado. *¿Quién se muda en la madrugada? ¡¿Y a esa casa?!*, pensé, y volví a la cama.

Por la mañana, llegó Guadalupe y le conté sobre las nuevas vecinas. Ambas nos sorprendimos de que alguien se animara a vivir ahí. A pesar de tener los pies muy hinchados y la barriga enorme, insistí en acompañarla al mercado. De regreso quise pasar por la casa vecina y, al acercarnos, lo que creímos que era un perro se azotó contra la puerta. Pegamos gritos de horror porque el animal no dejaba de aventarse, aunque ya estuviéramos lejos. Una vez en mi casa, nos comimos un pan para el susto y el migajón se nos pegaba en el paladar; Guadalupe estuvo al pendiente de mí, y se ofreció a quedarse esa noche y las siguientes hasta que regresara Samuel.

Yo estaba de veras obsesionada con las vecinas (en este pueblo nunca pasa nada), así que por primera vez abrí las cortinas para verlas en cuanto salieran, pero no se asomaron durante ese día. Ni al siguiente, ni al siguiente. Su carro tampoco estaba. Pensé que tal vez se mudarían de a poco: primero sus cosas y al final ellas, dejando mientras tanto al perro cuidando la vivienda y a sus dos enormes guajolotes en el corral improvisado de la azotea.

El embarazo me tenía enorme, agobiada y con insomnio; el viento entraba agónico por las ventanas. A la cuarta noche de la inusitada mudanza me levanté por un poco de agua y sentí la

necesidad de echar un vistazo: eran las tres de la madrugada y las vecinas estaban en su azotea. La joven, meciéndose en una silla chirriante, tomaba algo de una bolsa y lo dejaba caer a donde supuse que estaban sus guajolotes y su perro, al que escuchaba tragar con desesperación, como si trajera el hambre atrasada; la vieja tosía con flemas, cada tanto fumaba y columpiaba espesos gargajos que llegaban a la banqueta.

El bochorno era insoportable; las observaba y envidiaba su cercanía con las hojas de la secuoya y el viento fresco. Entonces me vino la primera contracción; no quise darle importancia, aún faltaban dos meses, pero de todos modos fui a buscar a Guadalupe, quien corrió a buscar a la partera. Me quedé sola y las siguientes contracciones me sometieron: me hacían doblarme y gritar arrodillada en el suelo, empapada en sudor (estoy segura de que, tras las cortinas mecidas por el viento, las vecinas me observaban). Guadalupe y la partera me descubrieron en esa posición suplicante.

Como si ya viniera con un propósito al mundo y a pesar de mis temores de primeriza, la criatura coronó sin dificultades. Lo peor vino después: el niño, aunque se le veía sano, no dejaba de llorar y de exigir mi atención. Era tan pequeño que se perdía entre las mantas de su cuna y, cuando dormía a mi lado, varias veces me sorprendí pensando en lo fácil que sería aplastarlo. En su hinchado rostro se acentuaba la mirada mandona de mi marido. Me daba horror. Pasaban los días y él se alimentaba de mí con tanta fiereza que me dejaba los pezones agrietados y sangrantes. Guadalupe me aconsejó que antes y después de ofrecerle el pecho me untara un poco de leche, que así sanarían, pero no funcionó. Alimentarlo era cada vez más doloroso. Esa criatura era un estorbo en mi vida, como el monstruo de su padre, a quien le mandamos telegramas avisándole sobre el anticipado nacimiento, sin obtener respuesta.

Una mañana desperté cuando el sol ya estaba muy en alto y no encontré al niño en su moisés; salí a buscar a Guadalupe y la vi platicando con las nuevas vecinas en la puerta. Ellas sonreían ante la criatura en sus brazos. Quise salir, pero me sentía avejentada por el parto y las demandas del chiquillo.

Guadalupe entró rozagante y me dio al niño hambriento; resignada, le di pecho mientras ella me contaba que las misteriosas mujeres nos habían traído caldo de pollo y pulque. La animé a decirme más. Se refirió a la vieja como una mujer vigorosa y metiche, que no dejaba de preguntar por mí y por el niño, mientras que la joven le daba lástima: “Parece tísica y tiene en la cara una enorme cicatriz, como si se hubiera quemado”. Agregó que me enviaban felicitaciones porque el crío, de tan gordito, ni parecía prematuro. Fingí una sonrisa y sentí celos de Guadalupe por haber conocido a las vecinas antes que yo: mi obsesión estaba peor que antes; espiarlas era la única distracción durante mis desvelos por atender al niño. Una vez soñé que se convertían en bolas de fuego y que giraban alrededor de la secuoya.

Al ratito de la visita de las vecinas, el niño comenzó de nuevo con su irritante llanto. Podría jurar que lloró más de lo habitual y durante todo el día. Guadalupe se atrevió a mencionar que le habían hecho ojo. Yo estaba francamente harta de arrullarlo y de vez en vez le di grandes tragos al pulque, hasta que no quedó ni una gota en el jarro. Cuando finalmente se durmió, miré por la ventana y las vecinas no estaban en la azotea, sino casi frente a mi ventanal.

Nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos se veían muy negros, pero al mismo tiempo centelleantes, y eso de alguna forma me dio la calma y la lucidez que no había sentido en mucho tiempo; estaba tan liviana como hoja empujada hacia la luz. Salí con el niño en brazos a encontrarme con esas dos mujeres; los incomprensibles susurros que de ellas emergían me daban paz;

el niño despertó y empezó a chillar como chillan los marranos rumbo al matadero.

Con la vieja a la cabeza, cruzamos el umbral de su vivienda. Enseguida reconocí los jadeos. *Eso* que días antes nos había asustado a Guadalupe y a mí no era un perro. Nos vio con sus ojos esquivos mientras rascaba la tierra, haciendo a un lado hígados y cabezas de pollo con unas pezuñas descomunales. Pasamos a su lado y, lamiéndose los bigotes, olfateó al chiquillo. Creo que le sonreí.

La casa se veía antigua, mas no maltratada por el tiempo; no había mala hierba, ni humedad, ni ratas. No había presente. La vieja subió por una escalera improvisada con piedras que llevaba a la azotea; la seguimos. Finalmente pude sentir las hojas de la secuoya acariciarme la espalda; había en el suelo algo parecido a un pesebre. Miré al niño, privado por el llanto; la vieja estiró los brazos y se lo entregué. Sonrió con sus pocos y asquerosos dientes. Faltaba poco para que amaneciera y la tísica me devolvió a mi cama, donde caí en un sueño abismal hasta que escuché los lejanos gritos de Guadalupe: “¡Samuelito no está por ningún lado! ¡Se lo llevaron! ¡Se lo llevaron!”.

Después de zarandearme con desesperación, me soltó para abrir las cortinas y se quedó mirando hacia la vivienda de enfrente; gritaba que me acercara. Vimos a dos bellísimas jóvenes diciéndonos adiós, acompañadas por un hombre alto y corpulento que les abría la puerta del carro destartalado. Guadalupe se arrancaba mechones de cabello mientras rezaba a gritos. Qué iba a decir Samuel si regresaba. No importaba ya, cualquier cosa que pasara de ahora en adelante me convertía en una mujer libre... al fin.

O eso pensé, porque al voltear hacia mi cama vi mi cuerpo petrificado y con un rictus de horror.

El visitante

Habría sido más difícil —¡Oh, sí, mucho más difícil!— seguir siendo niña.

BEATRIZ MENDOZA SAGARZAZU

I

Hace días que llueve sin parar; ya ni me acuerdo cómo era la vida antes de los charcos, el frío, los impermeables y los paraguas. Tampoco es como si hubiera vivido tanto, apenas diez años, pero cuando una es niña casi todos los días se parecen. Digo *casi* porque hay unos que sí distingo de los demás: esos en los que siento la punzada en el pecho y me dan ganas de vomitar hasta las tripas, pero me aguanto por puro miedo y comienzo a no pensar, a tratar de separar la mente de mi cuerpo hasta que él se va.

¿Él? Sí, el hombre que irrumpe en casa cada fin de semana. Él sabe todo sobre cualquier cosa que le pregunten otros adultos, y no es pobre como nosotros: usa suéteres calentitos, camisas vistosas, pantalones planchados y nunca repite zapatos. He espiado algunas veces dentro de esa maleta que nunca termina de desempacar: dobla su ropa mejor de lo que mi mamá dobla la nuestra; trae más mudas de las que se pone en casa (tal vez es un elegante vagabundo que de aquí se va a fastidiar a otras familias); también guarda un cepillo, gel, rasuradora, espejo, desodorante y loción. Una vez, aunque me temblaron las manos y sentí que el corazón me palpitaba en la sien, robé de su maleta unos calcetines; eran tan suaves y esponjosos que parecían gatitos con rombos bordados. Esos gatitos para pies son mi tesoro.

Cuando hay vacaciones pasa más tiempo, pero es evidente que después de dos días con nosotros su malhumor empeora y le parecemos más y más insoportables, a pesar de que hacemos

como que no existimos. Este hombre con manos grandísimas y peludas, pero uñas bien cortadas, al cuarto día lluvioso encerrado con nosotros golpeó a mi mamá. Yo acostumbro mirar inmóvil esas escenas, como si se estuvieran proyectando en otra familia y no en la mía, mientras Joelito llora o se esconde, y mi madre se queda callada.

Luego de haberle pegado, guardó sus cosas cuidadosamente, bajó las escaleras corriendo, manoteó la manija, azotó la puerta, se subió a su coche, nos miró con desprecio y se fue. Pensé que esta vez se iba para siempre; recé para que así fuera, porque presentía que si regresaba habría cambios en mí que no podría detener.

En cuanto se alejó, Joelito se puso a arrancar hojas de un cuaderno para hacer barquitos; me senté a su lado y le ayudé a decorarlos con rombos de colores, mientras mi mamá doblaba ropa que olía a humedad; después salimos a la banqueta y colocamos los barquitos en el agua turbia que bajaba por la calle. Hicimos la apuesta de hasta dónde llegarían flotando y los dos perdimos porque no llegaron ni a la esquina, las coladeras estaban tapadas y nuestros barcos —en los que hubiéramos querido huir antes de que él regresara— se estancaron con la basura.

Seguía lloviendo y pensé que nuestra casa era como un barco viejo que cualquier día se hundiría. Y no me dio miedo. Estaría aterrorizada si en este barco siguiera aquel hombre y tuviera que pasar mis últimos momentos con él, tal vez mirando sus ojos, esos ojos que reconozco en el espejo, sobre todo cuando me enojo.

Aquella tarde entramos a la casa y era como si nada hubiera pasado: olía a chocolate caliente y mi mamá planchaba con la televisión prendida. Estoy segura de que ella es la mujer más bonita y bondadosa que conozco; cuando él no está, pareciera que nada la perturba, que tiene todo bajo control; por eso creo que él es la manzana podrida de la familia. Me preocupa

cuando la gente dice que no me parezco en nada a mi mamá, porque entonces me están diciendo que me parezco a él y eso explicaría por qué a veces me siento como perro con rabia y me da por morder con palabras a los demás.

II

Habían pasado varios fines de semana sin su presencia. Apenas me acordaba del visitante, aunque cada viernes sentía una presión en el pecho que era como una probadita del miedo, un miedo que era capaz de ignorar mientras iba a la escuela, jugaba, hacía tareas y mandados. Joelito también lo siente, porque tiene cinco años y sigue mojando la cama. He escuchado a mis tías decir que mi madre tiene miedo de necesitarlo para criarnos. Sé que también teme dejarnos solos cuando sale a trabajar, así que nos encarga con ellas o con los abuelos; teme que salgamos a la calle, que hagamos malas amistades y que aprendamos majaderías, a pesar de que él trae a casa las peores que he escuchado. A mí no me deja salir a jugar con otros niños, menos si son mayores. No me aburro, pero tampoco puedo decir que me divierto. Mi juego preferido es el de observar a los demás hasta incomodarlos.

Estaba en la azotea comiéndome una mandarina y escuchando las semillas hacia la calle cuando escuché el azote de la puerta, los pasos firmes que sólo podían pertenecer a pies grandes y pesados, y luego una voz rompiendo el silencio de la casa: “¿Qué hay de comer? ¡Cómo que nada para mí! ¡No te hagas pendeja y prepárame algo rápido, que tengo hambre!”. Me vino de nuevo la punzada. Salí corriendo de donde me encontraba para esconderme tras mi mamá. “¿Y tú? ¡Ponte a hacer algo, escuincla huevona! ¿Dónde está el control de la tele? Chingada madre, viendo caricaturas, órale, mocosos, salte de aquí”.

¡Cómo pude distraerme y olvidarme! Es viernes y tarde o temprano regresa, así como vuelven nuestros ojos a golpear el

piso, los susurros y la rigidez de nuestros cuerpos. Al sentarnos a la mesa nadie habla; se escuchan los cubiertos, los platos y sus gruñidos. Cuando él está, la comida me desagrada, tanto que calculo y cuento las cucharadas que faltan para poder levantarme de la mesa sin que me grite. Una vez Joelito vomitó a media cena y lo puso a limpiar a punta de zapas. Yo no lo defendí; no supe cómo. Le gritaba que era un inútil, que todo lo hacía mal. Mi mamá intervino, Joel berreaba y se limpiaba los mocos con las manos. A mí me ordenó que terminara de comer de una buena vez y que recogiera los platos; al llevarlos a la cocina temblaba tanto que sentía que se me caían; con su mirada clavada en mi andar, pude dejarlos sobre la tarja sin provocar más problemas. “Torpe”, me dijo, y corrí atrás de mi madre, que llevaba de la mano a mi hermanito. En cada comida sucedía algo similar. Como si fuéramos tres saquitos de boxeo a los que tenía que derribar a puro grito, a pura ofensa.

Amaneció. Era sábado y a mi mamá le llamaron para cambiarle el turno: debía ir al trabajo. Le rogué que no fuera, porque no nos queríamos quedar con él. Murmuró que no había de otra; quiso animarnos diciéndonos que lo acompañaríamos a un mandado lejos del centro; nos pidió que nos portáramos bien y nos persignó como si la señal de la cruz pudiera protegernos. Cuando él está no nos protegen ni las estampitas de la virgen, ni el Cristo de madera, ni el cuadro del ángel de la guarda. Al menos hoy no suena tan enojado, lo escucho chiflar y cantar mientras se viste. Nos avisa que ya casi nos vamos.

III

Subimos al coche —no sin antes azotar los pies en el asfalto para asegurarnos de eliminar tierra o lodo en los zapatos—; el olor de su loción nos recibe de golpe y se me revuelve el estómago. Ruego al cielo que sobrevivamos a este día. El hombre ya

está al volante y pone música que cree que nos gusta. Está lejos a donde vamos, porque las canciones se empiezan a repetir: *Cepillín, Cepillín, en la feria de Cepillín. Cepillín, Cepillín, en la feria de Cepillín...* Él golpea el volante como si fuera una batería y hace como que baila.

Voy adelante, con el cuello tenso, evitando voltear hacia cualquier lado. No quiero regaños por no poner atención al camino. Estoy atenta, señor. Atenta. Joelito se quedó dormido; bendito, siempre acogido por algún santo. Pienso que ya no estoy tan pequeña, que si cierro fuerte los ojos (cuando él no me vea) y luego los abro, habré crecido un poco más y podré defender a mi hermanito y a mi mamá, aunque muera en la lucha.

Él disminuye la velocidad y se detiene frente a un edificio viejo y descuidado. Se baja con una caja en las manos. Con un dedo amenazador nos advierte que nos comportemos, que no tarda. Pero tarda. Al menos apagó la música y podemos bajar un poco las ventanillas. Joelito me pide que abra la puerta; está pálido y no alcanza a decir nada más: de la boca, en vez de palabras, le sale lo que en la mañana eran huevos con salchichas. Lo regaño porque tengo miedo. Ensució su coche y no nos lo va a perdonar. Quiero correr, desaparecer, pero en vez de eso bajo a Joel y lo siento en una piedra grande; se queda ahí, mirándome y gimiendo; me quito la sudadera y limpio con ella.

Me acuerdo del cuadro del ángel de la guarda que está en nuestra habitación: en él hay una niña y un niño descalzos cruzando un puente. La niña, más grande que el niño, lo va abrazando, como diciéndole que no se preocupe, porque detrás traen un ángel enorme, con rubia cabellera y preciosas alas, protegiéndolos de las tablas del puente dañadas, de las aguas arremolinadas que hay debajo, de la tormenta que está por caer y de la serpiente que avanza hacia ellos. Además, los niños del cuadro son güeritos. Me pregunto si a nosotros nos habrá tocado un ángel y volteo hacia el cielo. El sol me deslumbra y cuando

voy recuperando la claridad veo al hombre con corbata acercándose hacia nosotros; entre más cerca está, más puedo notar su cara paralizada por el enojo. “¡Qué chingados pasó!”. Le explico que ya limpié. Quiero echarme la culpa, pero se me pasa lo valiente y señalo de inmediato a Joel. “Son un pinche estorbo. Ya súbanse. Tira esa sudadera apestosa, no la quiero aquí”. Es parte del uniforme de la escuela, a mi mamá le va a costar reponerla y me da remordimiento.

Él empieza a hablar con desprecio de las personas a las que les entregó la caja. Saca unos billetes de su cartera y nos los enseña con lo que parece una sonrisa ganadora, la sonrisa de cuando alguien gana algo a la mala. Pone de nuevo a Cepillín. Me cuesta descifrar su grado de enojo. Miro hacia el frente, seria. Me digo: *vamos, Zaida, no parpadees*. Tiemblo y trato de que no lo note.

La carretera se ve diferente, no es por la que llegamos, sino pura terracería. El coche se mueve de un lado a otro como si se fuera a desarmar. Nadie vive por aquí. Él apaga la música con un manotazo y se seca el sudor con un pañuelo de tela suave y brillante. Mira para todos lados. ¿Será que nos va a tirar por acá como cuando abandonó a nuestro perro? ¿Y si en realidad lo mató? ¿Y si nos va a matar? Seguro se quiere deshacer de nosotros para herir a mamá.

Pasa el tiempo y descarto que nos quiera aventar por aquí; creo que estamos perdidos. No dice nada, pero lo escucho bufar. Oigo también mis latidos y los mocos de Joelito, porque, claro, viene llorando. Detiene el auto, se baja y se aleja caminando. Me parece que tarda muchísimo, pero quizá no fue tanto. Regresa, pateo una llanta del coche, maldice y enciende un cigarro; al terminarlo, escupe y sus ojos ya no están tan furiosos. Nos pregunta si queremos hacer del baño. Negamos con la cabeza, aunque me estoy aguantando desde hace un rato.

Sube al coche y continúa manejando. ¿Sería mala idea decir que sí quiero bajar? Buscaría una montañita, me ocultaría

un momento tras ella y luego correría, dejando atrás todo, a mi mamá y a Joelito, con quien se desquitaría si me pierdo. ¿Sería muy terrible matar a un hombre?

Un ruido me sobresalta; es su risa: por fin ha encontrado la carretera. No sé muy bien por qué, pero quiero pedir ayuda, aunque en este momento se vea calmado, incluso contento, y haya retomado la música. Después de cuatro canciones reconozco algunas calles y veo semáforos. En un alto nos voltea a ver y pregunta: “¿Quieren hamburguesas, niños?”. No sabemos ni cómo contestar. Tal vez es una broma, nunca hemos comido con él fuera de casa. Ojalá sea una broma. Luego de unos minutos se estaciona frente a un local. Nos bajamos. Pide tres hamburguesas, una cerveza y dos jugos. Voy al baño y cuando vuelvo está discutiendo con el mesero. Me da tanta pena que evito mirar al joven, que se retira con la cerveza equivocada.

Mientras comemos considero que tal vez él no es tan malo: me recogió el cabello para no meterlo al plato; limpió las boquillas de los jugos; a Joel le ayudó a partir su hamburguesa y, de vez en vez, aunque un poco brusco, le pasaba la servilleta por la cara; pero la calma duró poco: se tomó varias cervezas, algunas en compañía de personas que entraban, lo reconocían y lo saludaban. Joel se quedó dormido con los bracitos sobre la mesa. Yo miraba comerciales en la televisión. En uno de ellos, un excusado estaba muy tapado y le vaciaban Drano; mágicamente volvía a funcionar; la familia del comercial celebraba. Ese recipiente rojo con una calaverita negra se me hacía conocido. En eso estaba pensando cuando el mesero se acercó para avisar que ya iban a cerrar. Él aventó la silla hacia atrás, abrió su cartera y arrojó el dinero de la cuenta a la mesa; algunas monedas rodaron por el piso.

En casa siguió bebiendo y se puso más odioso. Había mucho ruido en mi cabeza. Una frase que escuché en las noticias revoloteaba en mi mente como un zopilote: *dentro de tu propia*

casa te pueden matar. Tenía mucho miedo por nosotros y, aunque me pesaban los ojos de sueño, me puse a vigilar sentada en la cama, con mi pijama de sirenas y el cabello trenzado. Miraba desde ahí a Joelito durmiendo, a mi mamá lavando trastes, a él viendo un partido de futbol y arrojando objetos contra la pared. Contaba las horas para que amaneciera, pero los minutos parecían borreguitos cruzando la cerca lentamente. Callada, tiesa y acalorada, le daba vueltas y vueltas a la idea de que no todos los hijos se tienen que parecer a sus padres. La punzada en el pecho se fue al estómago; necesitaba dejar mi puesto de vigilante.

—¿A dónde vas?

—Al baño.

—Tráeme la Coca del refri —me ordenó arrastrando las palabras, sirviéndose otra.

Estaba lento y zonzo. Ahora llovía fuerte y mi mamá secaba el agua que se había metido a la casa. Al terminar de vaciar las tripas, junté todo el valor que me quedaba ese día y vi la oportunidad que no sabía que esperaba. Todo estaba tan claro. Me estiré para alcanzar el Drano; vacié un poco en el refresco, pero no lo suficiente porque no se murió, sólo expulsó de su boca toda clase de porquería maloliente y verdosa sobre el piso; se quedó hecho bola, temblando, sudando, tocándose el estómago; entre lágrimas, se veía pequeño e indefenso. Llegó la ambulancia que mi madre había pedido a gritos por teléfono con el envase rojo en la mano, mientras yo observaba desde una esquina lo que sucedía, como si le pasara a otra familia y no a la mía.

Los paseantes o la gente mala

Pepe y yo hemos sido amigos desde el kínder. Después de clases, jugábamos en su casa porque es enorme, tiene un jardín, y ahí pasábamos las tardes jugando con su bici y con su perrito, Tobi.

Un día, Jony —el amigo de su mamá— nos compró un Frutsi congelado y luego le puso el envase vacío a la llanta de atrás para que la bici sonara como una moto. Nos turnábamos para subirnos y Tobi nos ladraba; entonces salió su mamá y nos dijo: “¡Hagan de una vez silencio, por favor!”. Hasta ese momento no había pensado que el silencio también se hacía, igual que el ruido.

Ésa fue la única vez que me enojé con mi amigo. Su mamá nos dio permiso de una vuelta más en la moto y me tocaba, pero eso Pepe no lo respetó. Apreté los puños y los dientes cuando gritó: “¡Si no te gusta, cómprate la tuya!”. Su mamá me puso la mano en el hombro y me preguntó si me traía. Nunca me habían tenido que acompañar, porque vivimos muy cerca: caminaba por la banqueta, doblaba la esquina y llegaba. Tobi siempre venía atrás de mí y le daba una tortilla para agradecerle. Esa tarde me salí corriendo de su casa porque tuve ganas de llorar, hasta dejé mi mochila. Por suerte, Rosita —la muchacha que trabaja en la casa de Pepe— me la trajo antes de que mi mamá llegara del trabajo y se diera cuenta.

Al otro día, en la escuela, Pepe me habló como si nada. Me propuso que a la salida viniéramos aquí. Al principio no entendí a qué podríamos jugar, ¿esta casa es del tamaño de su cuarto! Estábamos en la azotea (porque mi mamá me pidió bajar la ropa seca) cuando descubrimos que desde ahí se podía ver su casa, así

que inventamos un sistema para contactarnos cuando no estuviéramos juntos: corrimos a su casa; tomamos de la caja de herramientas un rollo de hilo cáñamo; amarramos una punta a la manija de la ventana de su cuarto y, después, aventé el rollo con todas mis fuerzas, deseando que llegara hasta mi azotea, pero fallé y cayó en la casa de la vecina, doña Jobita, la que nos ponchaba las pelotas. Por un momento pensé que Pepe se había enojado conmigo, pero no, dijo que eran *gajos del oficio* y pensé en mandarinas. También mencionó que ahora jugaríamos a ser agentes secretos y que nuestro centro de operaciones se dividiría en dos: en su cuarto cuando lloviera y en mi azotea cuando no.

Agarramos valor y fuimos a tocarle a doña Jobita para pedirle el rollo. Sin el sermón de siempre, nos permitió pasar por él. La vimos un poco más viejita y con los ojos entre azules y grises (antes no los tenía así). Pepe tomó el rollo y lo aventó, logrando que cayera en mi azotea. Ese día calculamos que la suma de nuestras fuerzas era la distancia que nos separaba entre casas. Amarramos la otra punta del hilo a una rama del duraznero para que, cuando él quisiera llamarme, la rama pegara en mi ventana. Si yo quería contactarlo, tenía que subir a la azotea, jalar el hilo y hacer sonar su ventana. A su mamá le pareció una gran idea; a la mía, no tanto, pero sólo me hizo prometer que no molestaríamos a doña Jobita, porque había perdido a su viejo y la estaba pasando mal con la diabetes. Eso explicaba los alaridos por las noches.

Otro día, Pancho, el señor de la tienda, nos contó que doña Jobita se había puesto las lagañas de su perro para ver a su esposo. Al escuchar eso, Pepe y yo nos sentamos en la banquita que está afuera de su tienda, abrimos nuestros mazapanes y le pedimos que por favor nos contara más.

—¿A poco no saben que los perros ven a los muertos?

Los dos volteamos a ver a Tobi, que buscaba migajas de mazapán.

—Si te pones las lagañas de un perro puedes ver espectros, almas en pena, fantasmas... pero tú no eliges cuáles ver. Eso no lo sabía Jobita y ahora tiene que ver a tantos muertos sin encontrar al suyo. ¿Vieron que sus ojos cambiaron de color?

—Mi mamá dice que son cataratas —interrumpió Pepe.

—Qué cataratas ni qué ocho cuartos... Es que ella circula entre la tierra de los muertos y la de los vivos. Es una paseante. Y se le ve en los ojos.

Corrimos a la azotea, nos tiramos de panza e hicimos silencio para espiar a doña Jobita: les daba de comer a sus pollitos y su perro estaba atrás de ella. Se sentó en su mecedora y de ahí no se movió. Las piedritas nos picaban las rodillas y la barriga, nos dio hambre y aburrimiento, así que mejor nos entretenimos con otra cosa.

Esa noche soñé feo: estaba en mi cama, pero las paredes se veían como cuando volteas al cielo y no hay estrellas. Alguien se estaba acercando a mí y se me entiesó el cuerpo, era doña Jobita haciéndome señas; intenté levantarme, pero no pude; llegó hasta mi cama y se sentó. Quise gritarle a mi mamá, pero no me salieron ni gritos ni lágrimas. La señora Jobita me miró con sus ojos ya casi blancos, me apretó el brazo y me susurró: “Acércate un poco más, entonces verás”.

Cuando por fin logré gritar, ya era de mañana y mi mamá se había ido a vender tamales. Se va cuando cantan los gallos de doña Jobita, pero ahora no los escuché. Rápido me subí a la azotea para hacerle el llamado de emergencia a Pepe y no pude evitar mirar hacia abajo: la vecina no estaba en su patio, pero sí estaba en su casa, porque se escuchaba su tos. Pepe por fin se asomó a su ventana; sabía que vendría rápido. Llegó con su uniforme y su mochila; mandó de regreso a Tobi haciendo como que le aventaba una piedra. Yo ni me había quitado la pijama, me dolía el brazo (tenía un moretón) y le conté mi sueño; me respondió que él no tenía miedo a nada, que hasta estaba pensando

ponerse las lagañas de su perrito para volver a ver a su papá (ya ve que se murió hace dos años, cuando íbamos en segundo).

Ese día no fuimos a la escuela y espiamos el patio de doña Jobita desde la azotea. No salió para nada; hasta nos preguntamos si no sería mejor decirle a don Pancho que le diera una vuelta, porque su tos se escuchaba cada vez peor. Mientras decidíamos qué hacer, vimos hacia la casa de Pepe, donde Jony y Rosita se estaban besando. Era hora en que la mamá de Pepe estaba en su oficina.

Me acuerdo de que mi amigo se enojó porque, aunque su mamá le decía que Jony era su amigo, él sabía que eran como novios. Yo no entendía nada. Pepe estaba jurando que le iba a contar a su mamá, cuando ella tocó la puerta de mi casa y se lo llevó de las orejas por faltar a la escuela. La mía me regañó, pero no tanto como esperaba, supongo que porque no habíamos andado solos en la calle. Yo le platiqué que vimos a Jony y a Rosita besándose, y me dijo que ya había estado bueno de que anduviera metiendo mis narices en los asuntos de los demás y me dio unos chanclazos. Luego se fue a ver a doña Jobita, porque le preocupó lo que le conté sobre su tos, pero ya no la encontró. Nadie en el pueblo da razón de a dónde se fue, ni con quién. Dejé solos a sus pollitos y a su perro; a veces lo escucho aullar (aunque dice don Pancho que ya no está ahí, que él *personalmente* se lo llevó a una granja).

Al siguiente día, en el recreo, Pepe me contó que no le pudo decir a su mamá lo de Jony y Rosita, porque seguía enojada con él por haberse ido de pinta. Como Jony cenó con ellos, le propuso a su mamá que él pasaría por nosotros cuando saliéramos de la escuela para que estuviera más tranquila. Así fue; nos llevó a la plaza a comer helado. Lo estábamos saboreando cuando Jony le preguntó a Pepe si le gustaría que fuera su papá. Mi amigo le respondió que *antes* sí le hubiera gustado, pero que desde que lo había visto con Rosita, ya no. El Jony puso una cara

que yo no le conocía, dejó de ser simpático y nos gritó que éramos unos pinches mocosos buenos para nada que pasábamos el tiempo inventando babosadas. Luego nos habló de la imaginación de los niños y que cuando él era chico se metía en muchos problemas por andar de chismoso. Yo sé que uno a veces se imagina cosas, pero estamos seguros de lo que vimos.

Después de eso, Pepe y yo pasamos poco tiempo juntos, porque se enfermó. Una tarde me hizo el llamado y fui a su casa. Pensé que quería que le llevara la tarea. Sí estaba enfermo de verdad, porque no se quiso levantar de su cama; estuvimos jugando ahí con sus soldaditos; me di cuenta de que tenía un moretón grande en el brazo, como el que me salió cuando soñé con doña Jobita. Me dijo que necesitaba hacer una misión en solitario, que me la contaría, pero que debía guardar el secreto. (Sólo se lo digo a usted, porque quiero que encuentren a mi amigo; necesito saber que no se perdió en el camino de los paseantes).

Me confesó que esa noche se iba a poner las lagañas de Tobi, porque extrañaba mucho a su papá, que creía que su mamá también lo extrañaba, pues otra vez estaba como ida. Juró que si encontraba a su papá le iba a pedir que regresara o que mejor se los llevara con él, y luego se puso a llorar. Fui a la cocina a buscarle agua, pero en la sala su mamá también lloraba y no quise pasar por ahí. De regreso al cuarto me crucé con Rosita; ella me preguntó que por qué siempre estaba ahí, que si no me querían en mi casa o qué. Sentí mucha vergüenza y mejor me despedí de Pepe. Al cruzar el jardín para salir de su casa, vi que Jony estaba haciendo unos hoyos en la tierra. Tobi me acompañó hasta acá, fui por un trapo y su tortilla; mientras se la comía, le limpié las lagañas lo mejor que pude. Ésa fue la última vez que vi a Pepe, a su mamá y al perrito.

A veces me encuentro al Jony en la tienda, usando el reloj con el que el papá de Pepe me enseñó a ver la hora; me guiña el ojo y me da un zape; también he visto que Rosita se pasea en la

camioneta de la mamá de Pepe. Yo les he dicho a todos los que puedo que ellos son gente mala, pero mi mamá me advierte que no ande de bocón, que no me consta nada, pero ¿cómo no se les hace raro que se queden en esa casa?

Le cuento sólo porque mi mamá me explicó que con usted sí podía hablar, porque es policía. Ya no sé más, sólo se me ocurre pedirle que busque bien en su casa, en cada rincón; tal vez están escondidos, porque a veces, en las noches, la rama del duraznero hace rechinar mi ventana. Me despierto para acudir al llamado, pero mi cuarto tiene las paredes negras e infinitas y no me puedo escapar.

El destino es un anillo dorado

Era el invierno de 1977. Vivíamos en una residencia igual a las otras del vecindario; frente a ella había un pequeño parque parecido al de un rompecabezas que mi padre tenía en su estudio. Lorena tenía cinco años y yo, Benjamín, siete.

Los fines de semana salíamos a jugar con los demás niños. Nunca solos: las nanas o las amas de llaves salían a sentarse en las bancas y platicaban entre ellas sin perdernos de vista; pero ese domingo Lorena y yo salimos sin vigilancia, porque mis padres tuvieron visitas y necesitaban que Lourdes atendiera.

El sol se puso y los demás niños empezaron a despedirse. Nuestros padres debieron perder la noción del tiempo, pues no nos llamaban, así que seguimos jugando a las escondidas: “Cuatro, tres, dos, uno... ¡lista o no, allá voy!”.

La busqué hasta que la angustia me mareó. Entré a casa y con la voz entrecortada le dije a mi madre: “No encuentro a Lore”; se alteró, corrió al parque, quise salir tras ella, pero mi padre me detuvo para preguntarme cosas que no recuerdo. Si hago un esfuerzo vienen a mi memoria las luces de las sirenas, que todos entraban y salían de casa —menos mi hermana—, el llanto de mi madre, los gritos de mi padre y luego el silencio. Ese silencio que me culpaba.

Pasaron semanas sin saber de ella. Las investigaciones y la búsqueda hicieron que mi padre perdiera su trabajo en Pemex; tuvo que rematar la casa, los autos y los enseres para mudarnos a un lugar más económico: una casita con humedad, en una colonia que olía a caño.

De Lorena sólo nos quedamos una foto. Mis padres quisieron enterrar su recuerdo hasta que la policía encontró el cadáver de una niña con la cabeza aplastada por una piedra y el cuerpo hinchado; entonces no había pruebas de ADN ni se perdían muchas niñas, así que la enterramos con la seguridad de que era nuestra pequeña.

Para alejarme lo más pronto posible de mis padres, fui de aquellos que sobresalían en la escuela; me independicé a los diecisiete y vuelvo solamente en Navidad para ver a dos ancianos en un asilo que si no fuera por su mirada rencorosa pensaría que no saben quién soy.

Apenas sé convivir con la gente; soy de esos profesores que llegan, dan la clase y se van. Sólo tuve dos breves relaciones sentimentales hasta que llegó Alejandra, quien trabajaba en la cafetería de la universidad. Había algo en ella que me hacía sentir tan seguro como cuando tuve un hogar. Me enterneció su historia: su padre era alcohólico, el Estado intervino y creció en un orfanato; fue todo lo que me platicó sobre su infancia.

Ella también se sentía a salvo conmigo y nos casamos pronto, era como si quisiéramos recuperar el tiempo perdido; tenemos ahora una hija de seis años y ha sido diagnosticada con la enfermedad de Wilson (ahora mismo me mira fijamente con esos ojos oscuros rodeados de un anillo dorado que solía fascinarme y con la boca entreabierta entre babeando y riéndose con burla, esa risa que, hasta ahora sé, no puede controlar).

No sé a quién le he estado llevando flores al panteón durante 42 años.

El acecho de la sombra

I

Ya nunca tengo tiempo para mí. Extraño ser yo, si es que algún día supe quién era. Trabajo en la papelería, atiendo a Clarita, veo por mi mamá y trato de mantener esta casa limpia. Maldita casa maltratada y vieja, que me recuerda que siempre vamos a ser pobres, a pesar de cualquier esfuerzo.

No recuerdo la última vez que me sentí tranquila y sin responsabilidades. Parece imposible que el cesto de ropa sucia esté vacío y que la tarja no esté invadida por trastes sucios. Hace días que zumba el refrigerador, anunciando que pronto habrá que llamarle otra vez al técnico. Espero que no cobre tan caro.

Dentro de dos semanas, Clarita cumple cinco años. Hay que atender partes de la casa que no he tenido oportunidad de limpiar: las ventanas, la grasa de las paredes de la cocina, los sillones... Haré un convivio pequeño; invitaré a su amiga, a Claudia con mis sobrinos y al conchudo de su marido. Si mi madre no estuviera tan grande me ayudaría con la limpieza, pero con que se ocupe del pastel me conformo.

¡Pinche refrigerador!, además del zumbido, ¿en qué momento se llena de tanta porquería? Este chicharrón en salsa lleva aquí un mes. Y pensé que ya había terminado de lavar los trastes; ahora me faltan los que guardaban comida podrida. ¡Estoy harta! Traigo las manos en peor estado que las de un albañil, ni parece que tengo veintidós años. Hubiera hecho caso a mi madre: “Termina la preparatoria y estudia para maestra”. Ya estaría

construyendo mi casa y no viviendo aquí de arrimada con ella, entre tantas cosas inservibles.

Cuando ella se muera voy a tirar toda esta porquería, empezando por las cobijas que huelen a humedad, los sillones, los muebles apolillados, el comedor viejo con todo y sus sillas, los platos y vasos de plástico, las televisiones viejas que están ordenadas hasta por tamaño; válgame, Dios: es como si esto fuera un museo, pero al que nadie pagaría por entrar.

Yo, que tanto quería estudiar lejos, conocer el mundo, hablar inglés, y ahora hasta condené a mi hija a la vida entre el desorden y los apuros de dinero. Soy afortunada porque es tranquila, se entretiene con cualquier actividad; en eso es diferente a mí; yo sí fui muy inquieta desde pequeña.

Mi mami es buena, aunque siempre está haciendo algo y no me hace caso. Le conté que jugué a las correteadas con Karen y se rio conmigo, pero luego se enojó cuando le dije que perdí el suéter. En la noche, cuando las dos estábamos acostadas, me dijo que la perdonara, que grita porque está cansada de trabajar tanto, pero que lo hace para que estemos bien y para que vivamos lejos.

...Y por inquieta me pasó lo que me pasó: anduve con Juan Carlos. Él era diferente a los de la escuela: me llevaba tres años, me trataba con cariño, me prestaba libros y me hablaba sobre lo que había lejos del pueblo. Él sabía de un mundo al que yo quería pertenecer.

Fue mi primer y único novio, y todo Santa María del Río lo sabe. Pueblo chico. Tan chico que es fácil contar a las madres solteras. Mi caso es el más conocido porque él está en la cárcel por mandarme al hospital.

Convivo poco tiempo con Clarita: un par de horas desde que se despierta hasta que la llevo al kínder y de ahí me voy al trabajo; diez horas después regreso a casa a bañarla, a ponerle la pijama y a acostarla. Noto que está creciendo y que me estoy perdiendo las cosas importantes. Me preocupa que un día mi

madre ya no pueda cuidarla; cada día se le olvidan más las cosas y le tiene demasiada confianza a la niña: siento que no la vigila lo suficiente; dice que soy sobreprotectora, que los niños deben crecer en libertad.

Mi mami me lleva al kínder y mi abu va por mí. Me gusta llegar a la casa y que huela a frijoles. También me gusta dormirme en el cuarto de abu, aunque huela a guardado.

Otra vez a Clarita le ganó el sueño en la cama de mi madre. Estoy tan cansada que antes de ir a despertar busco a mi madre en la sala y me dejó caer en el sillón, me quitó los zapatos y comienzo a masajearme los pies. Mi madre está callada y eso es raro, así que le ordeno con resignación que me cuente ahora qué hizo Clarita; pero esta vez no se trata de la niña. Me dice que Juan Carlos salió libre por buena conducta. Una punzada en el pecho, el aire pesado, dificultad para articular palabra. Una sola idea palpita en mi mente: él va a querer conocer a la niña. Quiero desaparecer. No digo nada; reúno la fuerza que me queda y, con las piernas temblorosas, voy por Clarita y la cargo, ya no es un bebé y hoy me pesa demasiado.

Me despierto cuando oigo a mi mami, pero me hago la dormida. A veces abu me acusa con ella, que si no comí bien, que si hice travesuras... Hoy hablaron quedito. Hablan quedito cuando no quieren despertarme o cuando platican cosas de grandes. Cuando los pasos de mi mami están cerca, cierro los ojos; si sus pasos son rápidos, está enojada; si son lentos, está de buenas. Los pasos de hoy son diferentes, como arrastrados.

Tengo que encontrar la manera de conseguir dinero para escapar con mi hija. La escucho respirar a mi lado; de repente me busca y encuentra mi rostro con sus manitas; se las retiro con cuidado para que no sienta mis lágrimas; las beso y sigue durmiendo. Miro el techo afectado por la humedad; cualquier día se nos cae encima, ¿estoy muy mal si deseo que se nos caiga ahora mismo?

No puedo dormir. Revivo una y otra vez el día que le dije a Juan Carlos que estaba embarazada. Dijo que no era de él. Sus orejas se pusieron rojas, señal de que venían los golpes. Era jueves y estábamos solos en su casa. Me encerró en su cuarto; me amarró a una pata de la cama y me preguntó varias veces con quién lo había engañado. Sus golpes no me dejaban responder. ¿Cómo se le ocurría pensar que me podía acostar con otro si sabía que no me gustaba tener sexo? Hasta después supe que me abrió las cejas y los labios; mi nariz quedó desviada. No iba a poder ocultarle las heridas a mi madre, menos a mi hermana, con la que compartía cuarto. Si es que ese día regresaba a casa, ¿qué les iba a decir? Además de golpeada, embarazada. No puedo contar todo lo que pasó esa tarde porque las memorias vienen y van; mezclo ese día con los recuerdos de otras golpizas. Esa vez llevaba un suéter amarillo que, por cierto, no volví a ver, y la falda de la escuela. Fue un día de discusiones, disculpas, llantos, golpes y amenazas. Desperté bajo la regadera, con el suéter puesto, pero su color ya era entre naranja y marrón; debí desmayarme. Juan Carlos se sentó a horcajadas sobre mí; pensé que iba a perder al bebé y que eso sería lo mejor. Con un cuchillo en la mano y mirándome fijamente, Juan Carlos me preguntó: “¿Dónde está tu corazón?”.

Yo no podía responder, estaba fuera de mí, sólo quería volver a casa; él gritó: “Te estoy preguntando que dónde está tu corazón, pendeja. ¡Responde! Si no lo haces, les voy a hacer la misma pregunta a tu mamá y a tu hermanita”. Puse mi mano sobre mi pecho y sentí que ahora sí iba a cumplir su constante promesa de matarme. Pero no lo hizo, no nos mató.

No sé cómo nos libraron de él. Hay cosas que nunca se comentan y menos en la familia; es como si nunca hubieran sucedido, pero hicieron más que suceder: explotaron todo. Tuve riesgo de aborto. Mi mamá no puede hablar de eso. Si le

pregunto sobre ese día o sobre mis días en el hospital, evade el tema y se encharcan sus ojos. Lamento causarle este dolor.

Declaré contra Juan Carlos porque los doctores y mi mamá me obligaron; yo le tenía mucho miedo. Le tengo mucho miedo. El abogado de oficio me prometió que no saldría libre en muchos años, pero sentí la fragilidad de esa promesa. Puedo jurar que si me levanto en este momento y me asomo por la ventana lo voy a ver en la esquina, bajo el farol, fumando marihuana y mirando hacia acá.

II

Mi madre me confesó que ayer salió un momento a la carnicería y al regresar encontró una muñeca recargada en la puerta. “¿Y Clara la vio?”, le pregunté. Clara no había ido con ella; se había quedado en la sala viendo caricaturas. Sé que mi madre no tiene la culpa de esta situación; sé que no puedo reclamarle por desatender de ese modo a mi hija, pero aun así le grité y le pedí que estuviera más atenta, porque Juan Carlos podría entrar en cualquier momento y llevársela. Le pedí que tirara la muñeca y ahora pienso en cómo reforzar la entrada de la casa, lo único que se me ocurre es pedirle a mi cuñado que me ayude con eso, y odio pedirle favores porque se los cobra a mi hermana.

Otra vez me hice la dormida en el cuarto de abu; ella le cuenta a mi mami que se encontró una muñeca. Yo no vi ninguna muñeca. Hablan de un Juan Carlos, no conozco a ninguno. Los pasos de mi mamá son rápidos y vienen hacia mí.

No soporto perder de vista a mi hija. No quiero soltarla de la mano ni para que entre al kínder; volteo hacia todos lados. Los primeros días sentía que Juan Carlos nos seguía los pasos, ahora no, ahora es peor: pienso que, más que seguirnos, nos espera. Espera a que la niña entre al kínder, que su abuela la recoja, que la deje sola un momento, que yo entre al trabajo, que salga y que

llegue a casa. Espera el momento de descuido. Me mantengo ocupada; si entra un cliente a la papelería me paralizó porque podría ser él. Si llamo a mi madre para saber cómo están, el tiempo que tarda en contestar es una eternidad en la que juro que dejo de respirar. A veces bajo un poco la guardia, pienso que él no nos va a buscar, pero pronto me vuelve la angustia. ¿Por qué olvidaría a la culpable de que lo encerraran casi seis años?

Hoy jugué a las escondidas con mi tía. Me escondí hasta adentro del ropero y encontré una muñeca. Mi abu me la quería quitar, como yo no quería soltarla, me jaló una oreja, la sentí caliente, también me dio dos nalgadas. Me dormí llorando, porque me dolía y porque quería la muñeca. Cuando llegó mi mami le gritó a la abuela que debió tirar la muñeca. Me duele la panza, casi no tengo juguetes y ahí hay una muñeca y ella quiere tirarla. Siempre quiere tirar cosas. Quiero salir a pedírsela, pero me aguanto, porque si no se darían cuenta de que ya estoy despierta. Me tapo la cara con la cobija y rezo para que no me castiguen y para que me den la muñeca.

III

Hoy es mi cumpleaños. Cumplo los dedos de una mano. Vinieron mis primos, mis tíos y Karen. Hay pastel. Traemos antifaces. Me estoy comiendo un sándwich y oigo que llegó Juan Carlos. Corro para conocerlo, pero mi tía me detiene y me dice que es hora de abrir los regalos. A lo lejos veo que mi mamá, mi abuela y mi tío están en la puerta, pero no entra nadie.

Algo me decía que no le celebrara a Clarita, pero ¿cómo le dices a una niña que no va a tener pastel? Tuve que regalarle una muñeca para que olvidara la otra. Cuando mi madre me avisó que Juan Carlos estaba en la puerta, mi instinto sólo me dictaba no dejarlo pasar. “Vengo en son de paz, sólo quiero conocerla”, nos dijo. Le regué que se fuera; mi cuñado llamó a una patrulla; se

fue, pero amenazó con regresar. Lo vi diferente: tranquilo y bien vestido. Lamento que lo hayan encarcelado. Quisiera volver al pasado en el que él no existía.

Me hice la dormida y escuché llorar a mamá. Ella estaba con mi abu y con mi tía. Sentí feo; quise salir a ver qué pasaba, pero me aguanté porque estaban hablando de mí. Mi mami les dijo que soy muy chiquita para entender que tengo un padre, que no quiere que lo conozca. ¡Yo no tengo la culpa de que ella no tenga papá! ¡A mí sí me gustaría tener uno, como el de Karen!

Tengo los nervios de punta desde que Juan Carlos fue a buscarme a la papelería acompañado por su abogado. ¿Cómo le hace para pagar a un abogado? ¿Cómo es posible que nosotras estemos desprotegidas? No dejo que Clarita salga a jugar con los vecinos a la calle, no es seguro ahora. No sé cómo explicarle lo que sucede; se da cuenta de que algo pasa, está mojando la cama otra vez.

Esta casa es muy grande y hay muchas cosas. A mí me gusta, pero mi mamá dice que la odia, que viviremos lejos, en una casa más chiquita para poderla limpiar más rápido y pasar más tiempo conmigo. Yo sólo quiero salir a jugar a la calle como los demás domingos. Me cansé de aburrirme y me dormí profundamente, y soñé que bailaba en el kínder y que un hombre me aplaudía. Yo sabía que era mi papá, pero no lo podía ver bien y después, cuando quise abrazarlo, no lo sentía, era como una sombra. Me asusta mucho el ruido que hace el vigilante con su silbato. Ya me han dicho que no pasa nada, pero siempre suena cuando estoy soñando feo. Me volvió a ganar la pipí, pero esta vez en la cama de abu; de ésta no me salvo ni aunque rece.

Siento que mi mami se asoma; cierro los ojos para que piense que sigo dormida; oigo que se va hasta la cocina. También oigo a los niños jugando en la calle; quiero ir a jugar con ellos, pero si le pido a mi mamá que me deje ir no va a querer, menos si ve que estoy mojada. Voy a ir con mi muñeca, de todos modos me van a regañar.

Juego con Toñito a la pelota y desaparece mi muñeca. Veo a un hombre que la tiene; le grito, pero hace como que no oye y me hace señas para que vaya por ella. No lo conozco y me dice que me la devuelve si le doy un abrazo. Se lo doy, pero no me la regresa. Dice que me la dará si le prometo que entraré a mi casa y le diré a mi mamá un secreto; el hombre se pega a mi oído, luego me da la muñeca. Volteo y alcanzo a ver a mi mamá agitando de los hombros a Toñito.

Lo soltó cuando me vio; yo me acerqué a ella; me abrazó; me le pegué al oído y dije: “Él sabe dónde está mi corazón”.

DOS:
BATALLAS PERDIDAS

La noche de la orfandad

I

De pronto a Flavia se le enturbiaba la vista y hacía constantes ademanes para apartar de su rostro lo que sentía como una telaraña, que poco a poco ascendió hasta convertirse en una nube gris que la seguía a cualquier parte. Para deshacerse de ella, Flavia intentó medicarse, correr y tomar vitaminas, pero fue en vano: la nube se le recargaba más y más porque su intención no era acompañarla, sino invadirla. Algunas veces, la nube se elevaba lo suficiente como para que el cuerpo huésped sintiera un poco de libertad, pero cada noche volvía y se acurrucaba encima de su cabeza para perturbarle los sueños.

Cuando era niña, Flavia leía a escondidas las notas rojas que se publicaban en *La Prensa*. Ahora sigue de cerca noticias sobre feminicidios. Entre más se publican fichas de desaparición en las que las mujeres son las protagonistas, más se impresiona; y entre mayor conmoción, mayor obsesión.

Si no tuviera que responder correos electrónicos y atender el teléfono en esa pequeña oficina a la que casi nadie entra, invertiría las horas investigando en internet sobre los casos que más llaman su atención. Cuando por fin puede conectarse y tiene que interrumpir su búsqueda —ya sea porque tiene otra obligación o porque ya leyó todo sobre la nota del día— la nube gris se alimenta de su frustración; esa nube crece cada vez que el ciberespacio no resuelve qué le pasó realmente a la niña

enmaletada, a la joven violada en el camión, a la mujer que encontraron desmembrada entre bolsas de basura...

Para llegar al cuarto que renta tiene que caminar una larga y oscura cuadra. De un lado de la banqueta se estacionan tráileres, del otro lado hay una barda que anuncia grupos musicales. Durante ese trayecto prepara sus puños y se siente fuerte hasta que se cruza con un hombre: con la sola presencia, ella pierde valor y camina más rápido, casi corre, entra a la privada, abre su bolsa, busca sus llaves y entra tan rápido como le es posible a donde puede respirar tranquila.

Es de noche y sólo se escuchan los pasos cortos del niño que vive en el cuarto de arriba. Flavia se mira al espejo antes de acostarse y ve el reflejo de una mujer; una mujer que no es ella. Voltea; no hay nadie, pero el espejo le sigue mostrando el rostro de una chica amoratada, vendada de los ojos con una tela ensangrentada, con la nariz hinchada, el labio inferior incompleto, sus dientes rotos y marcas de mordeduras en el cuello. Flavia está paralizada, apenas se enjuaga la cara con agua fría, tiembla y piensa que lo único que explica el extraño suceso es que está exhausta.

Jura que evitará las noticias violentas. Se acuesta y su cabeza se hunde en la almohada. Sus pies se levantan y se alargan de tal modo que casi tocan el techo, mientras que su espalda reposa apoyada totalmente en el colchón. Flavia también había hurgado en historias sobre viajes astrales.

La luz de la mañana entra por su ventana violentamente. Se levanta enojada y más cansada que el día anterior. Le cae el agua calentísima de la regadera. Recuerda, mientras enjuaga su cabello, lo que sucedió anoche. Alcanza a ver sangre diluida con espuma escapándose por la coladera. Su periodo por fin llegó.

No recuerda cuántos meses tenía de retraso. Se enoja porque no encuentra toallas, ni tampones, ni la copa, ni nada. Ya es tarde otra vez para el trabajo. Sale a la tienda de la esquina

y escucha que la hija del vecino lleva tres días desaparecida. Vuelve a su cuarto sin haber realizado la compra.

Sentada frente a su computadora, redacta, confirma citas, toma llamadas. Podría vomitar en ese mismo momento, pero se aguanta. Algo anda mal: la sangre menstrual le resbala por las piernas. Olvidó ponerse algo. Llama a su jefe y le dice que se va a casa por motivos de salud. El licenciado no alcanza a pronunciar palabra. Recorre, una vez más, esa larga y solitaria cuadra; se siente perseguida, mira atenta a todos lados, abre la puerta, ¿está a salvo?

Flavia no se molesta en asearse y así se recuesta en el sillón. La nube, claro, la acompaña: ahora mismo imita a un gato gris echado sobre su vientre, ronroneándole. Se duermen. El rechinado de las llantas de un automóvil la despierta y ve, sentada en el sillón, a la mujer amoratada, casi traslúcida. Decide servirle un vaso de agua con unas cuantas gotas de clonazepam; la sigilosa figura espectral la sigue a la cocina, la mira beberlo y poco a poco comienza a desvanecerse.

El fármaco la ayudó: durmió casi once horas; no se acordó de ir a trabajar, ni de comer, pero le entró la necesidad de estar limpia; ahora está sacudiendo obsesivamente su casa. Siente la nube recargada en ella y la presencia de la joven fantasma. Es joven, ahora lo sabe, se parece a la vecina desaparecida. Ya vio su foto en redes sociales y hasta en los postes de la colonia, pero ¿por qué se le aparece a ella?

Se topa con el espejo, intenta desempañarlo, se mira desdibujada, recita un poema:

mis pupilas negras sin ineluctables chispitas
mis pupilas grandes polen lleno de abejas
mis pupilas redondas disco rayado
mis pupilas graves sin quiebro absoluto
mis pupilas rectas sin gesto innato

II

—Nan, no te muerdas las uñas. Me desquicias. Ya acepté acompañarte; ahora dime a qué vamos a casa de Flavia.

—Vamos a ver si está bien. No ha ido a trabajar; me llamaron de su oficina. Me tienen como contacto en caso de emergencia. No dejo de preguntarme ahora qué chingados le pasó. Así que písale, Benja.

—Ya sabes que se me suben los huevos a la garganta con la velocidad, pero voy a acelerar, sólo porque esa Fla siempre ha sido un papelito al aire que alguien tiene que parar. No podemos estar preocupados por ella todo el tiempo, ¿entiendes eso, hermanita?

—Creí que andaba bien. Ese nuevo psiquiatra, las medicinas, no sé... quise confiar en el doctor, en ella... A veces una se cansa de preocuparse, de monitorearla; también tengo una vida, Benja. A mí sí me gusta salir y socializar; a ella no. No me voy a sentir mal por no visitarla más seguido; las últimas veces sólo nos encerrábamos a hablar sobre sus eternas angustias...

—Pues ya llegamos. Tú bájate.

Nancy toca el timbre; luego recuerda que no sirve. Toca la puerta. Nadie abre. Se acerca a la ventana y alcanza a ver a Flavia: parece dormida en el sillón. Toca cada vez más fuerte. Siente sus latidos en la sien al ver que su amiga no despierta. Sus pensamientos van desde romper el vidrio y meterse a la casa o llamar a una ambulancia; sigue tocando y por fin Flavia abre los ojos. Se toma un momento para comprender que la están buscando. Nancy le hace señas para que le abra la puerta. Flavia siente que flota, pero se acerca a la puerta. Nancy, exaltada, la cuestiona, la sacude hasta que reacciona:

—Por favor, Nan, no llames al doctor Arévalo. Te juro que ya casi no regreso al pasado; mi mente ya no vuelve al día en que mi

papá me dejó huérfana. Estoy bien, de verdad, no es necesario que llames al doctor. No dejes que me encierren otra vez.

Se abrazan. Nancy llora de desesperación y Flavia de tristeza. *Mis pupilas oscuras piedras caídas*, repite una y otra vez. Ambas saben que es momento de preparar la maleta para reingresarla a la clínica. Nadie nunca sabe cuántas veces Flavia tendrá que intentar una vida *normal*.

Vorágine

Haría lo que fuera por callar mis múltiples voces. No hay orden dentro de mi cabeza. Ideas y pensamientos del presente se mezclan con recuerdos del pasado y me obligan a proyectar distintos futuros. Mi amiga me reprocha que nunca estoy en el aquí y el ahora. Dice que estoy frente a ella sin prestarle atención. Y es cierto, pero me desvivo explicándole que, a pesar de mi enorme esfuerzo por escucharla, me distraigo. Simplemente me distraigo. Me disculpo con ella y con todo lo que estoy ignorando por vivir en esta vorágine de angustias y pensamientos. Amén.

Me hizo prometerle que iba a meditar. Parece que dentro de esa mujer vive un buda. Siempre está llena de paz. Tiene nombre de persona tranquila: Alma, y la conozco desde que éramos niñas. Me pidió que recordara que primero tengo que encontrar un ambiente tranquilo para meditar. Vivo en este departamento desde hace un par de años y apenas noto que no me he apropiado de un lugar que me haga sentir segura. Aunque, si comparo este lugar con la casa en la que crecí, el cambio es evidente: aquí hay silencio; en el pasado, hay gritos de dos hermanos, una madre, una abuela, un abuelo y a veces un padre. Aquí tengo una habitación para mí; en el pasado, comparto habitación con mi madre y con mi hermano menor. Aquí nadie me juzga si me levanto tarde; allá, en el pasado, no era opción. Allá llegaban visitas improvisadas para ver cómo estábamos; acá no hay muchas visitas, aunque a veces invito a dormir a Alma o a mi novio. Allá, en el pasado, vivía en una colonia de un pueblo

tranquilo; aquí vivo en una de las colonias más inseguras de la bella Toluca.

Son las once de la noche; ya debería haber silencio, pero escucho que unos niños truenan cohetes en la calle. Sus padres les gritan que ya se metan. No hacen caso. Yo fui obediente hasta la adolescencia, como todos, creo. Alma me dijo que, si no encontraba un lugar silencioso para meditar, podría también funcionar un lugar privado. Si me encierro en mi habitación e ignoro los cohetes, al recién nacido del departamento de arriba o al señor que disfruta de ver televisión a todo volumen, tal vez pueda lograrlo.

Tengo unos tapones para oídos del último viaje que hice a Oaxaca; me los dieron en un hostel. Casi siempre duermo tan bien que no tuve la necesidad de usarlos. Podría ponérmelos ahora. Alma jura que ha ido a meditar a un parque alejado de la carretera. Yo no podría ir a uno, en primera, porque salgo muy tarde de trabajar, y en segunda, porque vivo en el Estado de México y mi fotografía podría ser la próxima atiborrando el Facebook de mis familiares y amigos con un gran letrero de SE BUSCA y en los anexos: SE LE VIO POR ÚLTIMA VEZ CUANDO IBA A MEDITAR DEBAJO DE UN ÁRBOL. FAVOR DE COMPARTIR.

Mi habitación es un lugar privado, íntimo, pero no es seguro. Lo he sabido siempre. El casero tiene llaves y puede entrar cuando quiera: “Por si alguna vez no estás y hay una fuga de agua u otro incidente”, me dijo cuando ya había firmado un contrato por seis meses y pagado renta y depósito. Mi tirada era aguantarme aquí sólo seis meses, pero, aunque nos digan que tenemos el control de nuestra vida, en realidad no lo tenemos. Y a veces alcanza para lo que se ve y no se pregunta por qué no alcanza para más.

Creí estar lista para meditar en la habitación, pero ahora tengo hambre. Puedo elegir entre cereal sin leche o un plátano maduro. Elijo el plátano y disfrazo el sabor con miel y amaranto.

Tenemos que hablar de lo contradictorio que parece trabajar en un lugar en el que me pagan cada quince días y que nunca tenga tiempo de ir por la despensa porque estoy trabajando. Me muevo toda la semana de la silla de la oficina a mi cama, y, como dicen los *millennials*, “es bonito y está bien”, hasta que te hartas, pero no renuncias, aguantas. Sigo aguantando, por eso me estoy volviendo loca y por eso voy a intentar meditar.

Pero me falta asearme y ponerme la pijama, ¿qué tal que me quedo dormida (que es lo más probable)?, odio despertar en medio de la noche sin haberme quitado ni los zapatos. Tengo treinta años y me cepillo los dientes en lo que dura una canción que recuerdo del kínder, esa que dice: *el ciempiés es un bicho muy raro, parecen ser muchos bichos atados, cuando lo veo me acuerdo de un tren, le cuento las patas y llego hasta el cien*. La repito tres veces en mi cabeza y paro de cepillar. Creo que la canción original dice *bicho muy largo*, pero yo no me la aprendí así. Qué más da. Es un bicho raro, ¡tiene cien pies! Me veo al espejo y noto que ya no soy *la misma de ayer, la incondicional, la que no espera nada*, porque ahora espero librarme de esas ojeras y de las arrugas que empiezan a llegar para quedarse, profundizándose, surcando la piel.

Me recuesto. Reviso los pasos para meditar. Lugar privado: listo. Ropa cómoda: listo. Decidir si quiero meditar por cinco, quince o veinte minutos. Veo la hora y claramente sólo tengo para hacerlo cinco minutos. Pronto darán las doce y me había prometido no llegar despierta a esa hora, otra vez. Que ponga una alarma: listo. Estirar mi cuerpo. ¡Cómo me duele la espalda!, ya no me alcanzo las puntas de los pies. ¿De dónde salió esta barriga? Tengo que dejar de comer compulsivamente. Hace mucho que no veía mis manos: qué pequeñas y qué raras. Sentarme en posición de flor de loto, o de medio loto; elijo esta última, parece más fácil. O no, mejor acostada. En la postura del cadáver, la única que me salió en mis primeras y únicas dos clases de yoga.

Cerrar los ojos para evitar distracciones. Ojos cerrados. *Con los ojos cerrados iré tras de él, con los ojos cerrados siempre lo amaré.* Esa Gloria Trevi es todo un caso. Una vez pasé un día completo investigando sobre el famosísimo clan Trevi-Andrade. Doña Morbosa, me dicen. Sólo perdí el tiempo y tuve pesadillas. Volvamos a los pasos para meditar: concentrarme en mi respiración y poner la mente en blanco. ¿En blanco? Sí, blanco, como un gato, un gato gordo en el techo, haciéndose bolita. Bolita como el chocolate de Oaxaca que se debe dejar mucho rato en el sol. Chocolate oaxaqueño. Sol.

¡Qué frío hace!, como en el monte Everest. ¿Habrá alguien que se haya aventado desde esa montaña? Dicen que tiene miles de metros sobre el nivel del mar. El 11 de diciembre es el Día Internacional de las Montañas. ¿Los que se atreven a aventarse, durante su caída, se arrepentirán de quitarse la vida? Una vez leí un *post* sobre los trabajos más extraños del mundo; uno de ellos era el trabajo de calentacamas. Si eres de los que odian llegar a calentar su cama, puedes contratar a alguien que lo haga por ti. Sucede más en los hoteles. Cuando tú llegas, el calentacamas se va de la habitación. Hay personas que se casan para no tener que pagarle a un calentacamas, o adoptan una mascota. Hay personas que se echan encima más cobijas y amanecen todos los días cansados.

Entonces, ¿habrá alguien que se dedique a ver el semblante final del suicida y pueda definir si en los últimos instantes se arrepintió? Podía ser útil para los católicos, por ejemplo, en el entendido de que *los que se quitan la vida ofenden a Dios*, pero ¿qué tal que un experto le dice al sacerdote que el semblante del suicida mostraba claramente un arrepentimiento, pero que ya no pudo hacer nada para salvarse? Tal vez, entonces, podría ser acreedor a una misa y a la oportunidad de salir del purgatorio gracias a las oraciones de sus seres queridos y demás creyentes. ¡Debo volver a concentrarme en mi respiración!

Alejo todo pensamiento; despejo la mente. *Om* es mi mantra de principiante. Me gusta mucho la palabra *mantra*; me recuerda cuando de adolescente iba a campamentos: hacíamos equipos, elegíamos un animal y un mantra. Creo que no está funcionando mi meditación con los ojos cerrados.

Alma me dijo que tomara entre mis manos un objeto y lo observara durante diez minutos, que pensara todo lo necesario, pero sólo sobre ese objeto. A ver, un objeto, aquí tengo una piedrita que recogí en Chacahua; muy bien, objeto, te estoy observando, absorbe mi visión y dame serenidad. *Om, om*. ¿Tendré que decir el mantra cuando veo el objeto? ¡Ay, ya! Mejor me voy a dormir. ¿Cómo? ¿Apenas han pasado tres minutos?

Perdida en el fuego

La primera vez que entré a este departamento olía a meados de gato. Con el paso de los días supe que así huele la humedad atrapada en los muros viejos, la humedad que crea figuras oscuras en el techo y en las paredes blancas; esa humedad que enfría las paredes de forma que, si te acercas lo suficiente, las escuchas respirar. En un mes cumulo un año viviendo aquí. Pensé que nunca me acostumbraría a sus olores (porque otras veces olía a hollín, sin tener chimenea), a la cama individual, a las cortinas rosadas, a las noches heladas o muy calientes y a la dueña, que vive a unos pasos de mi puerta.

Cuando mis padres y yo confirmamos mi ingreso a la Facultad de Economía, sonreímos, aunque a ellos se les estaba partiendo el corazón. Yo no sabía lo que me esperaba fuera del pueblo. No quería hacer el esfuerzo de conocer un lugar nuevo, mucho menos a otras personas. Pronto tuvimos que venir a Ciudad de México a buscar el lugar en el que me quedaría. Algunos conocidos de mis padres ya les habían advertido que por acá los departamentos son muy caros, sobre todo los que están cerca de Ciudad Universitaria, y que se olvidaran de encontrar algo rápido; así que tuvimos suerte, porque la primera vez que vinimos a buscar departamento encontramos éste. Todo fue demasiado bueno para ser verdad: está a diez minutos de la facultad, cuesta menos de lo estimado y es suficiente para una sola persona.

En la puerta decía SE RENTA CUARTO PARA SEÑORITAS DECIENTES. Apenas habíamos visto un par de recámaras y superaban el presupuesto, además se compartían el baño y la cocina.

A mi mamá le dio buena espina que el espacio que estábamos por ver especificara que era para mujeres decentes. Tocamos el timbre y abrió una señora de unos setenta años, con el cabello cubierto por una pañoleta y la Biblia en la mano. “Por poco y no me encuentran, estoy llegando de misa”, nos dijo como si nos conociera y nos mostró el camino. Para entrar al departamento hay que cruzar un pasillo, pasar un pequeño patio, donde se encuentran las escaleras, subir y enseguida, a la derecha, está mi puerta y a la izquierda, la entrada a la casa de la señora.

Doña Pachita —así se llama— nos contó que en algún tiempo ésta fue la recámara de visitas, pero que tuvo que rentarla cuando murió su esposo en un terrible accidente que no pudo comprobar, razón por la que no le fue posible cobrar el seguro.

“El semestre pasado se fue la jovencita que rentaba. Se recibió de arquitecta. Estuvo unos cinco años, lo que duró su carrera. Se llamaba Evelyn. ¡Un encanto! Tampoco era de la ciudad...”. Mis padres estaban encantados con el departamento y con la casera, sobre todo mi madre: si una chica había vivido aquí durante varios años, era el lugar adecuado para mí. Con el tiempo fui detectando otras versiones en la historia de la Pachita: algunas veces Evelyn se llamaba Ana, otras veces había estudiado literatura, no arquitectura, y otras veces de plano me contaba que el departamento había estado vacío desde que lo puso en renta. Esto se lo achacué a su edad, pues frecuentemente parecía desconcertada, sobre todo en las mañanas y en las noches, que era cuando me la encontraba en las escaleras que compartimos.

Cuando doña Pachita abrió, nos recibieron los olores, pero también unas paredes pintadas de blanco y mucha luz. Entramos y me gustó que en un espacio tan pequeño hubiera un baño, cocineta, recámara con cama individual y, frente a ella, una mesita con una lámpara; en lo que debía ser la sala estaba este sillón —en el que estoy acurrucada— con una cobijita perfectamente doblada en el asiento y, claro, una carpeta a gancho

en el respaldo. El techo es lo que más me gusta, a pesar de sus manchas oscuras; está tan bajo que al alzar mis brazos puedo tocarlo. Este departamento es como la casita de un hobbit o como una tumba.

Mi padre preguntó por el precio y la respuesta lo sorprendió; además, la señora le aseguraba apartar el lugar con la mitad y esperar sin problema a que yo llegara a ocuparlo. Eran demasiadas ventajas. Mi padre pagó hasta un poco más de la mitad para asegurar el departamento y volvimos a Tlaxcoapan.

Desde que llegué a la ciudad, durante la semana asistía a clases, evitaba a mis compañeros, comía en una fonda, caminaba de regreso y me acostaba a dormir. Dormía mucho. Duermo mucho. Los sábados muy temprano partía hacia mi pueblo; mi mamá me cocinaba y volaba el tiempo mientras nos poníamos al corriente con los chismes de los vecinos; yo me limitaba a contarle que tenía muchos amigos y que estaba muy feliz. A mi padre le preocupaba verme tan delgada y ojerosa, pensaba que le estaba dedicando mucho tiempo al estudio. Pero no. Ni estudio, ni amigos.

Poco a poco me acostumbré al lugar y a la escuela; al menos ya hablaba con algunos compañeros antes de volver y cocinaba mis tres comidas aquí mientras escuchaba música a bajo volumen para no molestar a doña Pachita. Hacía la tarea en la pequeña mesa y me acostaba temprano.

Hace apenas un par de noches escuché ruido en la casa de la señora. Desperté confundida, descubrí que se trataba de varias voces; me levanté sin encender la luz y alcancé a ver que tenía visitas. Me pareció inusual, porque siempre estaba sola, pero recordé que cada tanto me hablaba de sus dos hijos, de su nuera y de su nieto, que estaban lejos. Se acercaba el puente de noviembre, así que creí que se quedarían a aprovechar los días feriados. Regresé a la cama.

Al día siguiente no vi a nadie, ni a la señora, pero no me inquietó porque en la noche escuché plática y cubiertos. El jueves

31 de octubre, la señora tocó a mi puerta. Salí en pijama todavía, tenía clase hasta mediodía. “Angélica, si sales de Halloween sólo asegúrate de cerrar bien la puerta principal”. “No se preocupe, doña Pachita —le respondí—, luego de clase me iré a mi pueblo. Ya sabe, por el puente”. Me deseó un buen día, me dio la bendición y se metió a su casa. Se veía diferente, contenta, diría yo. Ojalá sus hijos supieran lo triste y ensimismada que se ve cuando ellos no están...

Estaba en el patio de la facultad cuando una llamada de mi mamá entró justo en el momento en que intentaban convencerme de que fuera a una fiesta de disfraces. Me alejé para responder y me dijo que no tomara el autobús esa tarde, porque había una manifestación en el pueblo y habían cerrado calles aledañas a la central camionera. No me dijo más. Lo lamenté mucho. Me despedí de mis compañeros, vine a dejar la mochila y salí a caminar. Anduve horas por calles que todavía no conocía y, al pasar por un bar, escuché mi nombre: “¡Angélica!”.

Volteé y era una de las chicas de mi salón. Marcela, creo que se llama. Seguía gritándome y pidiendo que me acercara mientras se tambaleaba con un vaso de cerveza caliente en la mano. Me dio curiosidad; quería saber qué quería. Me dijo, arrastrando la lengua: “*Eshtamos cashi todosh* los del salón y *cashhi todosh* los del salón creemos que eres rara”. Me reí, ¿qué otra cosa podía hacer? Y entré al bar. Enseguida me rodearon caras conocidas que me daban de su bebida. Era evidente que llevaban mucho rato ahí. Yo daba pequeños tragos y les preguntaba por qué creían que era rara. Las respuestas eran distintas y, a mi parecer, divertidas: “Porque eres de fuera y siempre te quieres ir a tu casa”. “Porque siempre estás seria y entregas todas las tareas”. “Porque no te quejas del maestro de Macroeconomía”. “Porque vives sola y no invitas a tu casa”. “Porque creo que eres una lesbiana que no ha salido del clóset...”. De todo me reía; sigo creyendo que era lo más normal que podía hacer. Sonó la

canción de moda y se levantaron a bailar. Aproveché la distracción para volver acá.

Pachita se asomó por su ventana al escucharme entrar. La saludé con la mano, esperando que no saliera, pero salió apresurada, como esperando una explicación. Le dije que no me había ido a mi pueblo porque había manifestación. Me dio las buenas noches y murmuró que me lavara bien el cabello porque olía a cigarro. Caí en un sueño profundo, de nuevo.

Me despertó la llamada de mi papá para decirme que el problema en el pueblo persistía, que lo mejor era quedarme este fin de semana en la ciudad, porque los hidalgenses se habían puesto como locos por el aumento al precio de la gasolina; había rapiña en las tiendas, llantas ponchadas y cristales rotos. Me resigné a quedarme. Es el primer fin de semana que me quedo aquí. Me preparé para buscar algo de desayunar. De regreso me encontré con la señora y le conté que me quedaría. Me invitó a cenar. Esto pasó anoche. No pude negarme, estaba tan animada por la presencia de sus hijos...

Durante el día estuve tratando de ver una película completa sin distraerme; me pareció buena idea tomar unos tragos de mezcal antes de la cena. Me bañé una hora antes de la cita y, un poco mareada, toqué la puerta de Pachita en punto de las ocho de la noche. Tenía mucha hambre. Ella me invitó a pasar, era la primera vez que entraba hasta su comedor. Tuve la sensación de que la casa estaba como nueva, es decir, como si no hubiera pasado el tiempo por ella. Les gritó a sus invitados que salieran a conocerme. “Él es Raúl, mi hijo mayor; ella es Cristina, su esposa, y este pequeño es Saúl, mi nieto”. “Mucho gusto”, respondí. “Ahorita que baje Enrique te lo presento”. Asentí y traté de ponerme cómoda.

Estaba mirando con mucha discreción el interior de su casa. Percibí que también olía a hollín y me pregunté si mi piel o mi ropa ya habían absorbido este olor, así como a mi cabello se

le había impregnado el del cigarro de la noche anterior. Asocié el olor del cigarro en una fiesta con la vida, y el olor a hollín de una casa vieja con la muerte. Una voz me sacó de esa reflexión que no prometía llegar muy lejos; era Enrique preguntándole a su madre si no había más dulce de calabaza. Tengo casi veinte años de vida y nunca me había sentido atraída por un hombre ni por una mujer. Había fingido estarlo, claro, para no entrar en discusiones eternas sobre cómo que no te gusta nadie. Me atrajeron tanto su voz, su cabello negro alborotado, su vestimenta tan casual, en contraste con la manera en que vestían su hermano, su cuñada y su sobrino. Sentí humedad en mi ropa interior; me preocupó que fuera mi periodo y pregunté dónde estaba el baño; al llegar ahí descubrí que estaba excitada; era otro tipo de humedad, pero combinada con una sensación de ardor.

No podría ahora describir la cena. Estuve como boba todo ese tiempo y bebí más mezcal. A doña Pachita no parecía molestarle, incluso la vi a ella empinándose varias copitas de ron. Enrique se sentó a mi lado en la sala luego de cenar y me preguntó: “¿Por qué economía?, ¿qué hay en tu pueblo?, ¿por qué eres tan rara?”. La próxima vez (si hay próxima vez) que alguien se refiera a mí como rara le preguntaré exactamente qué me quiere preguntar con eso. Es extraño, pero recuerdo poco la convivencia o siquiera la existencia del otro hijo, la esposa y el niño. Todo sucedía en torno a Enrique. En algún momento, la señora tomó de la mesa su botella de ron, se despidió de mí con la mirada triste y se la llevó a su recámara. Me quedé con Enrique, dándole pequeños sorbos al mezcal para que no notara mi nerviosismo y, luego de un rato, me dijo que le enseñara cómo había decorado el cuarto de visitas. Tomó la botella, como su madre había tomado la suya, y nos vinimos para acá.

Con un poco de dificultad logré abrir. Entramos y enseguida me preguntó que si ya me habían dado antes unos besos de fuego. Le respondí, con las mejillas ardiendo, que nunca nadie

me había dado un beso de ningún tipo. Me tomó de la cabeza para que no pudiera escapar y acercó su rostro al mío, sin dejar de sostenerme la mirada, luego le dio un trago al mezcal, me pasó la botella, hizo un gesto que indicaba que hiciera lo mismo y enseguida me besó. Tenía razón: eran besos que ardían, pero había imaginado que en los besos y en el acto sexual había más humedad y, anoche, la única humedad que sentí fue la mía. En este momento tengo la duda de si sigo siendo virgen. No siento nada especial, salvo la cosquilla en mi vagina al recordar el momento, combinada con un sobresalto.

Desperté esta mañana desnuda en mi cama, pero Enrique no estaba. Creí que se había ido a casa de su mamá antes de que amaneciera. Qué pensaría si se enterara de que pasamos la noche juntos. Permanecí mirando las manchas ¿de humedad? en el techo un largo rato y acariciándome de vez en cuando al recordar algunas escenas, todas borrosas, de anoche. Estoy segura de que Enrique es la única persona, la única situación en toda mi vida, que ha logrado emocionarme de algún modo. Había llegado a pensar que mis emociones seguirían dormidas por el resto de mi vida. La sed hizo que me levantara y tenía un ligero dolor de cabeza. Me bañé con agua helada porque sentía que me ardía el cuerpo, me ardía todo por dentro. Ya quería salir para toparme con Enrique, quería verlo, quería estar con él de nuevo.

Salí del departamento y en la entrada me detuve a fingir que buscaba mis llaves. Tal vez Enrique saldría y me diría que me acompañaba a donde sea que fuera, pero en su lugar salió doña Pachita. Me sonrojé, algo me decía que lo sabía y que ante sus ojos en ese momento era todo menos una señorita decente. Me saludó con mucha amabilidad, casi con preocupación. “Gracias por haber cenado conmigo anoche y por ayudarme a apagar el fuego”, me dijo.

¿*Cuál fuego?*, pensé. Miré hacia adentro de su casa y vi la gran ofrenda para sus muertos que había puesto justo en la

entrada: el camino de sal, las veladoras ya apagadas, papel picado y un mantel quemado, dulce de calabaza... tres fotografías: en una, su esposo; en otra, Raúl, Cristina y su hijo, y en la tercera, Enrique, mi Enrique. Me metí a su casa como una loca y tomé su fotografía. Quedé paralizada tratando de entender todo esto. “El fuego —me dijo—, el fuego regresa y los vuelve a consumir cada año”.

Volví a encerrarme en estas cuatro paredes, a las que escucho respirar. Aun tumbada en el sillón, si levanto las manos puedo tocar el techo; es como si me quedara poco espacio para seguir existiendo. Cuánta inmovilidad, cuánta comodidad, cuánta excitación. Quiero dormir. Quiero dormir todo el tiempo.

La peor copiloto del mundo

Luego del error que cometí el año pasado en el trabajo, ahora debía ir acompañado a las pruebas de preproducción. A mi esposa nunca le ha gustado que viaje con compañeras, pero eso no está a discusión porque yo no lo decido. Estaba hecho. Al menos me tocó el nuevo Audi de la empresa. Un viaje de ocho horas de ida, una noche de estadía y otras ocho horas de regreso. Tamara, mi compañera, habla mucho, pero el problema no es que nunca se calle, sino lo que sale de su boca. Sabe manejar, pero se inventa algún padecimiento para no hacerlo. Al menos no es de esas mujeres que quieren ir al baño a cada rato. Tampoco busca detenerse a comprar chucherías. De hecho, pocas veces la vi tomar agua, así que hicimos el viaje de corrido.

Era fin de semana de vacaciones para la mayoría, así que había más tráfico de lo habitual. En cuanto Tamara se subió, mientras se ponía el cinturón, comenzó con su ya clásico: “Te conté que cuando era niña...” y se iba como hilo de media. Llevábamos varios años trabajando juntos en la misma agencia, pero no nos había tocado trabajo de campo; aun así, ya había desarrollado la habilidad de darle el avión, de mostrarme interesado en sus historias sin que ella se diera cuenta de que en realidad mis pensamientos andaban en otro lado. Pero esto no quiere decir que siempre la ignoraba; a veces sí hacía el esfuerzo de escucharla. En ocasiones soltaba chismes que captaban mi atención, sobre todo si se trataba de Anita, la de Recursos Humanos. Si Anita se sumara a las pruebas de preproducción, mi esposa tendría verdaderas razones para hacer panchos. Pero ése no es el

punto. Tamara tiene la reputación de decir las cosas *sin filtro*, es decir, no les echa una pensada antes de decirlas. Había quienes afirmaban que más que imprudente era sincera, pero *sincera* no es el adjetivo que yo usaría. A medio viaje de ida me confesó que cargaba un secreto que no podía decirme. “¿Entonces por qué me lo dices?”, le pregunté, y volteé a verla por un par de segundos y vi que cerró los ojos asustada: un tráiler había rebasado y por poco nos choca de frente. Como no pasó nada más allá del susto, Tamara se rio. Le dije que era de pésimo copiloto cerrar los ojos y respondió que se había acordado de un caso de *Dr. House* o de *Grey’s Anatomy* en el que a un hombre se le habían incrustado los vidros del parabrisas en los ojos luego de un choque. Cambiamos de tema y se puso a cantar; le dio *play* una lista de reproducción cualquiera y por Dios que se sabía todas las canciones, aunque fuera sólo el coro. Rogaba al cielo que se durmiera, pero ni una vez lo hizo. Las curvas de la carretera se acentuaron y sus referencias a trágicas escenas del cine también. Nos topamos con dos camiones que transportaban troncos y me preguntó si había visto la película de Wolverine. Las he visto todas, pero respondí que no con la esperanza de que hasta ahí llegara su cuestionamiento. Pero no. “¿Recuerdas la escena en que Wolverine pelea contra los que le querían hacer daño en una carretera y los troncos que transportaba un camión se van cayendo uno a uno? Te imaginas, en la vida real, ¿cuánta gente moriría si eso sucediera?”.

Hacía mucho que no manejaba y las curvas me estaban haciendo sudar del esfuerzo mental que implicaba no perder el control del coche. Trataba de pensar en otras cosas, como en la tlayuda que me iba a comer. Como si me leyera el pensamiento me preguntó que en dónde comeríamos. Le dije que conocía unas tlayudas muy ricas, pero que no me molestaría si nos separábamos y ella se iba a buscar un McDonald’s. Con su risa supuse que comeríamos juntos. No me hacía nada de gracia.

La dejé que siguiera hablando, ¿qué podría salir mal? Me confesó que su madre le cuenta que cuando niña hablaba hasta por los codos, pero que luego de la muerte de su padre dejó de hablar como si nunca lo hubiera hecho, que se comunicaba con señas o escribía. Su familia pensó que era parte del trauma de quedar huérfana de padre, pero cuando pasaron un par de años y ella seguía callada la llevaron con un psiquiatra. Las sesiones dieron resultado y volvió a hablar... y de qué manera. Recuerda que cuando el doctor se ganó su confianza ella le dijo que tenía miedo de hablar porque sus palabras mataban. Él le explicó que eso no era posible y que seguramente tenía delirios de grandeza. No sé por qué su historia me causó un poco de gracia, aunque lamenté saber que había perdido a su padre tan pequeña.

Al llegar a nuestro destino no quiso caminar para ir a comer, quería que yo manejara; estaba muy cansado y hambriento como para discutir. No había ni dónde estacionarse, y dejar el coche en cualquier parte era un riesgo; me puse de malas y comimos donde pudiera verlo. Ella se tomó unos mezcales, la muy cínica, como no iba a conducir al hotel... Yo con una cerveza ya estaba cabeceando. Pedimos la cuenta, la factura y pusimos el navegador para que nos llevara al hotel. Sólo pensaba en llegar, prender la tele, bañarme y dormir, cuando un automóvil en el que iban tres chicas pasó junto a nosotros y se pasó el alto; evidentemente, al menos la conductora iba ebria, zigzagueaba y llevaban música a todo volumen. Tamara dijo: “Ese coche me recordó a *Death Proof*, esa película de Tarantino en la que mueren unas chicas de forma muy violenta, ¿la viste?”. No respondí; le subí a la radio.

Al llegar al hotel, pedimos nuestras llaves y cada quien se metió a su cuarto. Estaba desempacando cuando escuché que tocaban la puerta. Abrí y era Tamara. Me mostró en su celular dos pases para ir a ver la bioluminiscencia en la laguna de Manialtepec. “Paso, estoy muy cansado”. Pero me convenció con

que antes de subirnos a la lancha podríamos pasar a cenar la mejor tlayuda del rumbo. Lo dudé, pero todavía tenía un poco de hambre y me dio pesar que ya hubiera comprado los boletos. Resultó que sí eran las mejores tlayudas que había probado, le doy crédito por eso. No sabía qué esperar del paseo a la bioluminiscencia, y ella estaba excitadísima, como el meme de la niña que come algodón de azúcar. Nuestro guía, un hombre simpático que hacía buenas bromas, nos dijo que lo siguiéramos, que teníamos que pasar por los demás tripulantes a sus campamentos, que nos quedaba de paso para llegar a la lancha. Mientras caminábamos tras él en un camino por el que no se veía nada, nos explicaba la duración del recorrido. El guía se detenía en las tiendas de campaña de quienes habían pagado, así que pronto ya éramos varias personas caminando tras él; una pareja de chicas empezó a fumar hierba y nos ofrecieron, yo enseguida dije que no, porque mi experiencia con la marihuana es que casi siempre me da la pálida, pero al ver que Tamara aceptó sin pensarlo no quise parecer aburrido y le di un jalón. Estaba demasiado concentrado en que pareciera que no me había pegado cuando Tamara dijo: “Caminar en la oscuridad atrás de alguien a quien no conocemos parece riesgoso, ¿no?, es decir, este tipo de paseos podrían ser trampas para secuestrar o para trata de personas”. *Perfecto —pensé—, tenía que mal viajar me con su comentario...* Cómo es que ni pacheca pensaba en cosas menos sórdidas. Subimos a la lancha y el viento frío me relajó. Tamara me siguió restregando lo del secreto que no me podía confesar, me decía que le estaba pesando tanto que hasta había pensado en suicidarse; ni siquiera somos amigos, por qué me hacía esas confesiones. “¿Qué se supone que debo hacer con esa información?”, le pregunté. “¡Nada, sólo te estoy haciendo la plática! Estoy bien, sólo que a veces siento que este secreto me llevará a la tumba”. Me estaba volviendo loco; Tamara me estaba desquiciando en ese viaje.

Cuando llegamos a donde se aprecia mejor la bioluminiscencia, algunos de los tripulantes se lanzaron a nadar; por más que me rogó no quise hacerlo; varios de nosotros nos quedamos sólo mirándolos jugar con las chispitas azules. Cuando todos se estaban divirtiendo de lo lindo, Tamara le preguntó al guía: “¿Oiga, hay cocodrilos?”. Él le respondió con una broma: “Sí hay, pero sólo comen plantas... de las manos”. Todos se rieron, menos ella, quien agregó, muy seria: “Leí que en esta laguna hay cocodrilos”. Noté cómo puso nerviosos a todos y el guía anunció que comenzaran a subir a la lancha para volver.

Afortunadamente, de regreso al hotel hablé poco. La acompañé a su cuarto y quedamos de vernos al día siguiente en el *lobby* para desayunar e ir a la prueba de reproducción. Así fue. Mientras trabajábamos la noté como apagada, no estaba tan parlanchina y animada, me pareció que por fin ése era un rasgo normal: nadie se comporta igual en todas las situaciones. Y tal vez estaba cansada. Cuando terminamos de probar los autos, le dije que fuéramos a comer antes de volver a la ciudad. Me dijo que había decidido quedarse una noche más, que no tenía hambre y que mejor me apresurara para que no me agarrara la noche en la carretera. Nos despedimos con un abrazo. Sentí un poco de pena, como que ya me estaba acostumbrando a su compañía. Fui por mi equipaje y me subí al coche, manejé unas horas y me detuve en un comedor sobre la carretera. Mientras me atendían, alcancé el periódico local que estaba en mi mesa. *Una tragedia tras otra*, se leía en la portada.

La primera nota era sobre un tráiler que había impactado de frente a un coche; las dos personas que iban a bordo murieron con los vidrios incrustados en los ojos; el chofer del tráiler tampoco se había salvado. La siguiente nota tenía como encabezado: VUELCA TRÁILER CARGADO DE TRONCOS, VAN 5 MUERTOS Y AL MENOS 10 HERIDOS DE GRAVEDAD. Ya no quería ver la siguiente noticia, pero me ganó una especie de curiosidad siniestra:

MUEREN TRES MUJERES EN TERRIBLE CHOQUE. No lo podía creer. ATRAPAN A BANDA DE SECUESTRADORES: SE HACÍAN PASAR POR GUÍAS DE TURISTAS. Me recargué en la silla, estaba quedándome sin aliento, tenía el periódico en las manos cuando llegó la mesera con el agua de jamaica que había ordenado. “Parece que se le apareció un fantasma, está usted muy pálido, tome agua, ande, que por acá todos estamos conmocionados con esas noticias, y espérese, que anda corriendo el chisme de que al menos un par de turistas terminaron en las fauces de un cocodrilo, por allá en Manialtepec. Hacía mucho que no se escuchaba de cocodrilos en la zona, por eso se pensaba que era segura, pero ya ve... uno nunca sabe”.

De Tamara no he vuelto a saber; no se le ha visto por ningún lado, pero espero que haya vuelto a su viejo hábito de quedarse callada.

¡Espérame en el cielo, abuela mía!

Tu muerte me encontró con la vida. Te recuerdo como si hubieras sido actriz del cine de oro, pero también como la mujer que, encorvada, pasaba los días mirando la puerta, esperando que alguien te visitara. Doña Virginia, con tu melena rizada, labios rojos y zapatos brillantes, atrapabas las miradas de los paseantes. Ahora también calzo del veintidós y medio, y mis cejas son como eran las tuyas.

El último día que te vi con vida te estaban bañando (después de todo lo que habías tenido que hacer sola durante tu existencia, después de haber sido un gran ejemplo de independencia). Los rezos me dolían; quise creer en Dios para esperar, como los demás, la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro-amén.

La noche de tu velorio tuvimos casa llena. Ahora sí todos te fueron a ver. Yo no tuve el valor de asomarme al féretro, a pesar de que los que te miraban decían “se ve como dormidita”.

Tu hermana Guadalupe viajó desde Guadalajara con sus hijas para velarte y sepultarte. La sentaron a mi lado; una primera vez me preguntó: “Hija, ¿quién se murió?”. La miré a los ojos y le respondí: “Tu hermana, Virginia”. Ella gritó que no, que no, que no podía ser posible, que qué le había pasado. Sus hijas se acercaban a calmarla. Podían pasar minutos u horas hasta que volviera a preguntar: “Hija, ¿quién se murió?”. Llegó un momento en que ya no quería responderle para no revivir una y otra vez su dolor.

Me encerré en la recámara en la que dormí durante dieciocho años antes de irme a la universidad. Sin quererlo repetía:

En el monte de Belén apareció la virgen María con un libro de oro en la mano, la mitad rezada, la mitad ofrecida. Llegó su hijo precioso y le dijo:

—Qué haces madre mía, ¿velas o duermes?

—No velo ni duermo, sino que he soñado que en el Monte Calvario hay tres cruces y en la más alta serás crucificado.

—¿Es cierto, madre mía, que al rezar tres oraciones al día estarán abiertas las puertas del cielo y las del infierno para nunca jamás?

Esperaba que al despertar siguieras viva o yo estuviera muerta. En el cementerio, mi rostro parecía de piedra, tenía el llanto obstruido y el estómago hecho nudo.

Antes de sepultarte, tus nietos le hicieron guardia a tu ataúd y yo, tu primera nieta, la más grosera, la más rebelde, la más necia, la que más se parecía a ti, aunque tú no quisieras, estaba sentada en un montículo de tierra sin poder integrarme a la guardia porque, por fin, estaba llorando.

Hace ya una década que te fuiste. Aunque en tu casa se han cambiado de lugar los muebles, todos, hasta los que no te conocieron, respetan tu lugar en la mesa y en la sala, y pocos se atreven a dormir en tu habitación. Yo no soy de esos valientes.

Pero he escuchado más de una vez que tocas la puerta de la habitación en la que me quedo cuando voy. Te abro y no te veo, pero te dejo pasar. Te percibo sentada en la cama viendo ahora qué desmadre estoy haciendo con mi vida.

Cuando duermo en tu casa he sentido tu mano helada apretando mi mano derecha, siempre mi mano derecha. Yo te susurro: “¡Espérame en el cielo, abuelita, espérame como me esperabas todos los días para comer!”.

TRES: RESISTENCIA

Los errantes y el ojo de la tempestad

La tormenta de hace unos días dejó a varias familias enterradas bajo el cerro. Elena, Ernesto y sus perros sobrevivieron, pero se quedaron sin casa. Nadie quiso responsabilizarse de ellos y, como estorbaban, los movieron de lugar.

—Ay, Nesto... no nos estaría pasando esto si nuestro bebé hubiera nacido.

—Vieja, no empieces a sacar dolores antiguos. ¿Vistes a los que viven en el asilo municipal...? Ahí donde no nos reciben con nuestros perros.

—¿Quieres decir La Casa del Abuelo?

—¡Qué Casa del Abuelo ni qué ocho cuartos!, es un asilo, y mira, seguro ellos sí tuvieron hijos y de todos modos están ahí, solos... al menos nosotros tenemos al Terry y al Canelo.

—Pos sí, viejo, pero ¿por cuánto tiempo? Si apenas comemos nosotros, ellos se las arreglan con las sobras que encuentran. Escucha cómo les chillan las tripas.

—Igual que a nosotros, Lena, igual que a nosotros. Anda, vamos a acomodarnos para dormir. ¿Pasastes frío anoche?

—No mucho, ya me estoy acostumbrando; me arrejunté a ti, los perros a nosotros y así pasamos una noche más.

—Ya van siete noches con ésta, Lena... ¿cuántas más vamos a aguantar? Pásame los cartones y las mochilas pa ponerlas de almohada.

—¿Por qué el presidente de San Luis de la Paz nos habrá dicho que viniéramos a Jilotepec? ¿Por qué nos dijo que aquí nos iban a ayudar?

—Tienes corazón de pollo, vieja... El pendejo del presidente nomás nos vio la cara. La azúcar se me sube nomás de pensar que nos robaron nuestros ahorros.

—Pero, a ver, viejo, vamos a repasar lo que pasó: llovió tan *juerte* que se desgajó el cerro; nos quedamos sin donde vivir; sacamos lo que pudimos; el presidente nos dijo que nos viniéramos pa'ca, que aquí nos iban a ayudar, que nos traería su sobrino...

—Ajá, ahí estamos desde temprano esperando al pinche Juanito. Llegó una hora tarde, el cabrón; nos subimos a su camioneta...

—Fueron cuatro horas de viaje; nos paramos tres veces al baño...

—*Pos* es que eres bien *miona*, vieja...

—Pero en las tres veces se bajó con nosotros, que “a estirar las patas”, ¿en qué momento nos robó, según tú, el dinero? Yo todavía creo en las personas, viejo, sigo creyendo que lo perdimos, que se nos cayó...

—¡Que no, Lena, entiende que no! Cómo lo voy yo a perder si era un bultito así y pesado, ¿eh? Si se me hubiera caído lo habría notado; ese pinche Juan me lo chingó cuando me abrazó, el *rejijo* de la chingada.

—¡Ya!, ya, ya... no te enmuines, viejo, te va a hacer daño, mejor vamos a tratar de descansar.

En el portal del Pueblo con Encanto, los ancianos disponen cartones para acostarse; desdoblán una cobija y se cubren con ella. Los ilumina un poste que parpadea luz. Truena el cielo, parece que lloverá. Los pocos autos que pasan ya no les espantan el sueño. La patrulla en turno los ignora otra vez. Al lado del bulto que hacen, pasan dos ebrios, uno le dice a otro: “Mira a estos perros aquí durmiendo”, y les escupe. Ernesto ronca; a Elena se le escurre una lágrima silenciosa y, salada, se le pierde entre los labios; Terry y Canelo gruñen. Amanece.

—Ya los fui a buscar por los alrededores y no'stán, Nesto...

—Seguro se los llevaron los borrachos, esos que *dijistes* que pasaron anoche.

—¿Pa qué los van a querer?

—Pa molestarnos, Lena, nomás pa eso.

—Ay, nuestros perros, ¿qué vamos a hacer sin ellos?, ¿qué va a ser de ellos sin nosotros?

—Lena, cada día te veo peor, ya te ves *reteviejita*, ¿por qué no vamos al asilo?

—¿Y nuestro Terry?, ¿y nuestro Canelo? Yo no me casé con un hombre que los abandonaría.

—Y yo no me casé contigo para que te me mueras de hambre. Tengo que ver por ti, vieja, y te me estás muriendo. A mí también me parte el alma que no nos acepten con ellos, pero no podemos pasar otra noche en la calle. ¿Y si se fueron para que podamos irnos al asilo? Los animales saben, vieja.

—De la preocupación ya me solté de la panza otra vez, Nesto.

—¿Ves? Agarra tus cosas que, con lo lento que caminas, llegaremos como en una hora al asilo. Ahorita pasamos al baño del palacio municipal.

Elena y Ernesto, que llevan más de treinta años juntos, caminan cargando su vida en dos mochilas y en bolsas de plástico. Durante su trayecto al asilo municipal, Elena busca a sus perros, los únicos hijos que Dios le dio; desesperanzada, besa las correas y las tira a un contenedor de basura antes de tocar la puerta de La Casa del Abuelo. Los recibe una mujer vestida de blanco, a Elena le parece un ángel, y Ernesto respira, sigue respirando.

Un vistazo desde la frontera

Un niño daba sus primeros pasos y era la primera vez que podía asustar, tambaleante, a las palomas de la plaza. Se le veía emocionadísimo, apretando los puños, doblando las rodillas, cayéndose y volviéndose a levantar, pegando gritos y carcajadas. Sus padres le tomaban fotografías y lo animaban a seguir persiguiendo a las palomas.

Días después, el niño tuvo fiebre y estaba pálido. En el hospital, los médicos encontraron un hilo del cual jalar: la mierda de las palomas. Tenía que ser. Tarde o temprano las palomas causarían el fin de Toluca como la conocemos. Nadie había enfrentado el problema que representaban aquellas aves.

Se asumió que el niño se llevó a la boca sus manos con mierda de paloma y que eso había provocado la nueva enfermedad, pues no era criptococosis ni otra parecida. Pronto hubo más contagios; los niños morían rápido a causa de la fiebre, pero en los adultos la enfermedad se comportaba diferente: la piel se les acartonaba y su frecuencia cardiaca disminuía drásticamente; morían hasta que sus órganos fallaban y para que eso sucediera podía pasar mucho tiempo.

Los toluqueños, y quienes sin querer se habían quedado dentro del pueblo, estaban atrapados por tiempo indefinido y no había nada que se pudiera hacer.

Los pocos médicos a cargo del caso buscaban una solución. Mientras tanto, se corrió el rumor y se cerraron los accesos al pueblo. Cuando descubrieron que las personas se contagiaban si comían mierda de paloma o si estaban en contacto por

más de quince minutos con residuos infecciosos, ya había más humanos-acartonados que sanos.

Quienes no estaban infectados se organizaron y crearon una estructura de trabajo para evitar el contagio que llevaba funcionando casi una década, y que consistía en reclutar mujeres mayores que atendían a los enfermos; ellas aceptaban a sabiendas de que se iban a contagiar, porque no veían un futuro mejor; los hombres se enlistaban para eliminar a todas las palomas del pueblo, parecían infinitas; los niños y jóvenes de entre seis y quince años mantenían los espacios públicos limpios, abastecían al pueblo y hacían guardia en los límites de Toluca por si alguien se acercaba con ayuda. Nunca nadie se acercó.

A partir de los dieciséis años, los jóvenes se convertían en transportadores de residuos biológicos infecciosos (TREBIS): trabajaban en parejas para sacar la basura de cada hospital y residencia habilitada para humanos-acartonados. Una vez que tenían las bolsas, las rociaban con un desinfectante de última generación que China enviaba, y que dejaban caer desde un helicóptero cada cierto tiempo; luego las metían a un carro de transporte de residuos y tenían sólo quince minutos para llevarlas a un depósito predispuesto para quemarlas.

Si tardaban más tiempo en trasladar los residuos, se convertirían en humanos-acartonados y su nueva ocupación sería trabajar en la quema de residuos, donde duraban poco porque sus órganos fallaban mucho más rápido por inhalar aquellas sustancias o porque se aventaban al fuego, quemándose tan rápido como el cartón.

Lila cumplió dieciséis y fue ascendida a transportadora, su peor miedo. Se consideraba lenta, nerviosa y torpe, a pesar de que se ejercitaba cada mañana; el primer día de TREBI sería su último día como no infectada. Lo sabía. Solía decir que ella sería de las que se aventan al fuego, así, sin más. Su única esperanza era que alguien llegara del exterior a salvarlos, a salvarla.

Soñaba con ir *afuera* y tener una vida normal, como la que más o menos recuerda (y que ha llegado a ver en libros, revistas y anuncios) al lado de sus padres, quienes ahora están muertos. La vida que le fue negada por haber nacido y sobrevivido en el pueblo maldito, acechado por las sucias palomas.

Ella pensaba que los de afuera eran los que enviaban los drones que sobrevolaban por encima de los toluqueños; los del exterior sabían que había gente con vida y sana, pero no tenían ninguna intención de ayudarlos; aun así, Lila quería salir: se negaba a convertirse en acartonada.

El primer y último día de Lila como transportadora comenzó con un problema: le tocó con un compañero también nuevo en la tarea. Usualmente uno con experiencia explicaba el proceso al otro. Estaba perdida. Estaban perdidos. El chico le aseguró, en el centro de recolección de desinfectante, que su hermano ya había sido TREBI y que sin duda él podría guiar la hazaña. Llegaron al primer hospital, rociaron la basura, la cargaron, pulsaron el cronómetro y comenzaron la carrera hacia el depósito final.

Lila iba detrás del chico cuando se percató de que nunca había pensado qué pasaría si el primer día de transportadora no se contagiaba. Ese pensamiento la hizo perder de vista al chico; sólo se distrajo un segundo y ahora no sabía en qué dirección seguir corriendo. Pero siguió.

Vio más adelante un callejón solitario; supuso que el depósito debía estar al final del callejón y decidió cruzarlo. Vio el cronómetro: tenía sólo cinco minutos más. Sudaba, tenía la boca seca y la cabeza le punzaba, si se había equivocado de camino era mujer acartonada, mujer muerta.

En el callejón había varios cuartos pequeños. Lila se estaba quedando sin aire, necesitaba descansar un poco, se detuvo, preguntó a un acartonado si sabía dónde quedaba el depósito. El hombre negó con la cabeza totalmente corrugada. Lila siguió

su camino, el callejón parecía no tener salida; pensó en volver, pero el cronómetro ya marcaba dos minutos. Se detuvo nuevamente para preguntarle a una mujer si sabía dónde quedaba el depósito; la acartonada le hizo una seña para que la siguiera y comenzó a correr tras ella. Traía algo en brazos (parecía un bebé, hacía tanto que Lila no veía un bebé).

El callejón tenía salidas hacia otros pasadizos, parecía un laberinto. Lila trataba de recordar por dónde se estaba metiendo por si tenía la oportunidad de volver, pero pronto los caminos se le confundieron.

A pesar de la velocidad a la que iba, notó que ahí vivían hacinados muchos humanos-acartonados, pero se veían diferentes de los del resto del pueblo; estaban más corrugados, húmedos y parecían locos; no se escuchaban sus voces, sólo una especie de gorjeo. Olía a fruta descompuesta, algunos parecían dormir parados y en grupo.

Lila siguió corriendo tras la mujer que cargaba al bebé. Miró el cronómetro: quedaban treinta segundos; ya no sabría nunca cómo era vivir afuera y sabía que su suicidio sería tan doloroso como quemarse consciente.

El cronómetro marcó ceros. Le gritó a la mujer que se detuviera. Le susurró, decepcionada, que ya no era necesario correr. La acartonada soltó lo que traía en los brazos: una sandía (hacía tanto que Lila no veía una); le preguntó dónde la había encontrado y la mujer le señaló, por fin, la salida de aquel laberinto. Lila caminó lento para encontrarse con quien fuera el encargado de quemar los residuos y decirle que había tardado más de quince minutos y que seguramente ya estaba infectada, aunque su piel seguía rosada y no sentía nada más que el cansancio.

Al final del túnel no había ningún depósito. Soltó la basura, como quien suelta su última esperanza, y vio un tianguis, donde todos estaban felices intercambiando alimentos frescos. Se percató de que los drones no sobrevolaban ese cielo y que había

muchas palomas, tantas que su gorjeo le taladraba los oídos. Había llegado al exterior y todos los presentes eran acartonados; esa parecía ser la normalidad. ¡Ahí había hasta niños! Le preguntó a uno que pateaba una lata de sardinas: “¿Desde cuándo estás acartonado?”. El niño torció la boca por la pregunta tan obvia: “Así nací”, respondió y continuó pateando la lata como si fuera una pelota.

Lila examinó su piel y no estaba ni un poco acartonada. Ahora estaba *afuera* y ya no pertenecía ni aquí ni allá. Era inmune y estaba sola.

El último mensaje

Bajo el cielo despejado, Dina y Renato permanecen en silencio evitando mirarse. Para Dina, la inmensidad del mar representa todo lo que podrá hacer ahora que por fin tuvo el valor de terminar su relación con Renato; piensa que es mejor irse, que quizá Renato necesita tiempo a solas en el acantilado, pero antes de alejarse ve un destello en el horizonte; siente un pitido recorriéndole el cuerpo. Alrededor de ella giran símbolos desconocidos que le advierten que el fin del mundo será el 4 de enero y que por fin serán *ellos*, los extraterrestres, quienes se harán cargo de la Tierra. Se pregunta por qué le dieron a ella ese mensaje. Nota que estuvo en su dimensión unos segundos, pero en realidad pasaron horas: el sol se está ocultando. Renato sigue a su lado, pasmado, nunca ha creído en la vida en otros planetas, y a estas alturas de la existencia humana ya no tiene caso discutir con el que parece ser el último hombre de su vida, con quien debió terminar hace mucho mucho tiempo.

Renato, por su parte, agradeció la precisa aparición del destello, porque estaba a punto de rogarle a Dina que no lo dejara. Sentía destrozado el corazón y, por primera vez, estaba dudando de la existencia de Dios, cuando éste le habló. Su voz era paternal y dulce, como siempre la había imaginado. Le aseguró que dentro de un mes bajará del cielo para juzgar a vivos y muertos, y que sólo quienes hayan caminado de su mano se salvarían. Él estaba absuelto, lo sabía. Ahora sólo podía pensar que Dina recibiría justicia divina y se arrepentiría no sólo de ser una pecadora, sino también de querer arrastrarlo a los vicios y a

los excesos. ¡A él! ¡A él que tanto le ha dedicado su vida al Santísimo! Y ahí sigue ella, ahora mirándolo desconcertada; quisiera decirle que por fin descubrió que ella es Eva. No. ¡Peor! Ella es la serpiente que corrompe a Eva. Decide no contarle los planes que Dios le acaba de confiar para que todavía pueda pecar hasta el 4 de enero y no tenga salvación. Eso se merece por hacerlo sufrir. Y ese pensamiento lo convierte en pecador.

Ambos se miran con compasión.

La rémora

Empecé el año con pocas expectativas y heme aquí ahora, nada mejor para Julián Fonseca: cervecita en mano viendo el atardecer en un increíble rincón de Nayarit. No cabe duda de que con estas experiencias se va equilibrando la vida, ¿no crees, Natalia? Me mama tu nombre, güey, neta.

Qué chido que te pagaron tan bien ese último trabajo que hiciste; en serio te admiro, te plantaste muy bien con tu jefe, pero también tienes que aceptar que sin mi ayuda no lo hubieras logrado, no estaríamos aquí viendo barquitos: ¿cuántas veces te levanté el ánimo?, ¿cuántas veces me desvelé por escuchar tus quejas?

¿Sabías que a esta hora del día le llaman la *golden hour*? He visto muchas morras en Instagram que se toman fotos increíbles aprovechando esta luz. Te tomaría una, pero hoy no te ves tan guapa como otros días. ¡Och!, no te enojés... estoy bromeando. ¿Quién es mi chica de sol? Hueles a tostado y a sal, *babe*.

Oye, neta no quiero acampar en la playa, ¿no hay manera de que podamos pasar otra noche en un hotelito? Ándale, *babe*, me caga armar la tienda de campaña y la pinche arena me pica, no voy a poder dormir.

Mira, llámale a tu papá, dile que nos tire paro y neta que cuando me paguen las chambas que me deben yo le pago al don. Invéntale que le falta una varilla a la tienda y que no podemos armarla. Ándale, *babe*; Natalia, mi amor, mi chica.

Cierra los ojos, imagina esto: tú, yo, un bañito de tina, una cama cómoda, servicio a la habitación... ¡juy!, y si cenamos rico,

¿unos camaroncitos cómo te caerían?, te voy a dar la cogida de tu vida. Así como ya sabes, chiquita, así como te gusta, y luego un cigarrito y nos dormimos fresquitos y felices, sin moscos, sin arena, como mereces, mi reina.

Oye, piénsalo mientras me pones más cremita en mis tatuajes, ¿va?, es que no quiero que pierdan color. Ándale, mi sabrosa, mi preciosa, y ahorita buscamos un lugar con señal para llamarle a tu papá. Pero, ven, dame un beso primero. Así, chingá.

Mamá ¿gallina?

Había una vez una madre orgullosa de su pequeño: “¡Mi hijo es el más listo, el más guapo, el más ocurrente!”. Ella se llamaba Patricia y convivía con otras madres.

Un día, Irma contó que, al jugar al avioncito con su bebé, éste la había vomitado. Patricia respondió que su hijo también la vomitó cuando era tan pequeño que podía dormir en su pecho.

Cuando Mari les mostraba fotografías y videos de su nieta, Patricia aprovechaba la oportunidad para presumir, también, las gracias de *su precioso*.

Una vez, Ana Laura estaba llorando, pues no le gustaba dejar a su hijo en la guardería; decía que cuando iba por él se portaba grosero y que le dolía reprimirlo. Patricia le aconsejó que hablara con él, que no importaba su edad, él entendería si se le hablaba con el corazón. Le contó que los primeros días de su pequeño en la guardería también habían sido difíciles, que incluso se portaba tan mal que lo expulsaban, pero ahora era el mejor portado. Ya no le han dado quejas las cuidadoras.

Patricia ayudaba a las otras madres a planear las fiestas infantiles y les recomendaba dónde comprar los adornos más baratos. Ella tenía más experiencia, porque ya había organizado seis fiestas de cumpleaños.

Si alguien sufría porque su hijo estaba enfermo, Patricia le contaba que su chiquito sufría de gastritis, que continuamente se enfermaba de las vías respiratorias y que solía tener episodios de ansiedad, sobre todo si se separaban por mucho tiempo.

Al recordar eso se despidió y se apresuró para pasar por él a la guardería.

En el camino, una mujer se acercó a ellos y le dijo a Patricia:

—Pero qué lindo está, ¿cómo se llama?

—Baxter.

—¡Qué simpático!

—Gracias, ¡es tremendo!

—Se ve; pero también se nota que lo cuidas mucho.

—Sí, es mi bebé.

Índice

Prólogo de Iván Castañeda Salas 11

UNO: LOS NIÑOS SE VEÍAN TAN SERIOS

Alrededor del árbol ancestral 15

El visitante 21

Los paseantes o la gente mala 29

El destino es un anillo dorado 35

El acecho de la sombra 37

DOS: BATALLAS PERDIDAS

La noche de la orfandad 47

Vorágine 52

Perdida en el fuego 57

La peor copiloto del mundo 65

¡Espérame en el cielo, abuela mía! 71

TRES: RESISTENCIA

Los errantes y el ojo de la tempestad	75
Un vistazo desde la frontera	78
El último mensaje	83
La rémora	85
Mamá ¿gallina?	87



Perdidos en el fuego, de Denise Ocaranza, se terminó de editar en agosto de 2022, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Kievit, de Michael Abbink and Paul van der Laan, de la Fundidora Font Font. Diseño y formación: Adriana Juárez Manríquez. Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

En *Perdidos en el fuego*, la realidad es un umbral hacia diversas dimensiones, las cuales se manifiestan sutiles como fantasmas o contundentes como un deslave que un buen día se lleva tu casa y te cambia la vida para siempre.

Este libro de relatos nos recuerda que todo está en constante transformación, que todos estamos perdidos en el fuego: ardemos segundo a segundo y, algún día, seremos pavesa. De ahí la importancia de hablar de todo aquello que nos intrigue, alegre o atemorice; de ahí la importancia de llamar a las cosas por su nombre, de poner diversos temas a discusión, los más delicados, los más sensibles y también los más divertidos, tal como lo hace Denise Ocaranza con sus narraciones. En su conjunto, estos cuentos me han regalado el siguiente mensaje: reconocernos totalmente nos ayuda a transformarnos, a poder volar hacia los cielos como el espíritu del fuego.

IVÁN CASTAÑEDA SALAS